Isaak Babel

Cuentos de Odessa

Isaak Babel
Cuentos de Odessa

Traducción de Valeria Zuzuk

Título original: *Odesskie rasskazy*

Títulos originales de los cuentos: «Korol»,
«Kak eto delalos v Odesse», «Otets»,
«Liubka Kazak», «Spravedlivost v skobkaj»,
«Zakat», «Froim Grach», «Guy de Maupassant»

© de «Zakat» y «Froim Grach»: Lidia Babel

Primera edición: diciembre de 2014
Primera reimpresión: julio de 2018

ISBN: 978-987-45282-1-6

Edición: Sebastián Artero/Julieta Canedo
Maquetación: Natalia Rojo

Vilnius
editorialvilnius.wordpress.com

Impresión: Premat

Córdoba, Argentina

Isaak Babel

Cuentos de Odessa

Vilnius

Índice

Cuentos de Odessa

El Rey / 7

Como se hacía en Odessa / 14

El padre / 23

La Cosaco Liubka / 32

Justicia entre comillas / 38

Atardecer / 44

El Grajo Froim / 55

Materiales sobre Isaak Babel

Autobiografía / 63

Jorge Luis Borges: Isaak Babel / 64

Juan Forn: Historia de un adjetivo / 65

Nadezhda Mandelshtam: Contra toda esperanza / 79

Roberto Echavarren: Las noches rusas / 81

Vitali Shentalinski: Esclavos de la libertad / 83

Fernando Luis Pujato: La caballería de Babel / 86

Ryszard Kapuściński: El Imperio / 89

Isaak Babel: Guy de Maupassant / 89

Nota de la editorial / 99

Nota de la traductora / 103

El Rey

La ceremonia de casamiento había terminado. El rabino se tiró en un sillón, después salió de la habitación y observó las mesas que se desplegaban a lo largo de todo el patio. Había tantas que la cola atravesaba el portón y salía a la calle Gospitalnaia. Las mesas cubiertas de terciopelo ondeaban por el patio como serpientes sobre cuyos lomos hubieran cosido parches de todos colores. Los parches de terciopelo rojo y anaranjado cantaban con voces espesas.

Las habitaciones se habían transformado en cocinas. Llamas suculentas, llamas borrachas y voluminosas golpeaban las puertas ahumadas. En los rayos humeantes de las llamas se cocinaban los rostros de las viejas, sus papadas temblorosas y sus pechos manoseados con grasa. Un sudor rosado como la sangre, rosado como la espuma en la boca de un perro rabioso recorría esos pechos desmesurados, que emanaban un dulce olor a carne humana. Tres cocineras, sin contar las lavaplatos, preparaban la cena del casamiento. Las dirigía la diminuta y jorobada Raquel, de ochenta años, tradicional como un rollo de la Torá.

Antes de la cena, se presentó en el patio un muchacho que ninguno de los invitados conocía. Preguntó por Benia Krik. Se lo llevó para hablarle en privado.

—Oigamé, Rey —dijo el muchacho—, tengo un mensaje para usted. Me manda la señora Jana de la calle Kostetskaia.

—Ajá. ¿Y? —contestó Benia Krik, llamado el Rey—. ¿Qué mensaje tenés?

—Me pidió que le dijera que hay un nuevo comisario en la policía.

—Ya lo sabía desde anteayer —contestó Benia Krik—. ¿Qué más?

—El comisario reunió a toda la comisaría y les habló…

—Escoba nueva siempre barre mejor —contestó Benia Krik—. Quiere hacer una redada. ¿Qué más?

—Y usted sabe cuándo va a ser la redada, ¿no, Rey?

—Va a ser mañana.

—Rey, va a ser hoy.

—¿Quién te dijo eso, muchacho?

—La señora Jana. ¿Conoce a la señora Jana?

—Conozco a la señora Jana. ¿Qué más?

—El comisario reunió a toda la comisaría y les habló. «Tenemos que sacarnos de encima a Benia Krik —dijo—, porque donde hay un emperador no debe haber un rey. Hoy, cuando Krik case a su hermana y todos estén ahí, hay que hacer una redada».

—¿Qué más?

—Los canas empezaron a arrugar. Dijeron que si hacen la redada hoy, que Benia va a estar de fiesta, Benia se va a poner loco y va a correr mucha sangre. Entonces el comisario dijo: «El honor me importa más».

—Bueno, andá nomás —dijo el Rey.

—¿Qué le digo a la señora Jana de la redada?

—Decile que Benia está al tanto.

Y el muchacho se fue. Tres amigos de Benia lo siguieron. Dijeron que volverían en media hora. Y en media hora volvieron. Eso fue todo.

A la mesa no se sentaban de acuerdo a la edad. Una vejez estúpida no es menos miserable que una juventud cobarde. Tampoco de acuerdo a la riqueza. Una billetera gorda está cosida con lágrimas. A la mesa, en primer lugar, se sentaban los novios. Era su día. En segundo lugar, se sentaba Sender Eichbaum, el suegro del Rey. Era su derecho. La historia de Sender Eichbaum no es una historia común, por eso hay que conocerla.

¿Cómo fue que Benia Krik, bandido rey de los bandidos, llegó a ser yerno de Eichbaum? ¿Cómo fue que llegó a ser yerno de un hombre que poseía sesenta menos una vacas lecheras? Lo asaltó. Un año atrás, Benia le había escrito una carta a Eichbaum. «Señor Eichbaum —escribió—, le ruego que mañana temprano deje veinte mil rublos debajo del portón de Sofievskaia 17. Si no, no sabe lo que lo espera. Toda Odessa va a hablar de usted. De mi mayor consideración, Benia, el Rey».

Tres cartas, una más clara que la otra, quedaron sin respuesta. Entonces Benia tomó medidas. Nueve hombres con largos palos en las manos llegaron de noche. Los palos estaban envueltos en estopa con alquitrán. Nueve estrellas llameantes incendiaron la granja de Eichbaum. Benia rompió los candados del establo y comenzó a sacar las vacas de a una. Las esperaba un muchacho cuchillo en mano. Tumbaba la vaca de un solo golpe e introducía el cuchillo directamente en su corazón vacuno. En la tierra cubierta de sangre florecieron antorchas como rosas de fuego y se oyó un estruendo de tiros. Benia echaba a tiros a las lecheras, que habían corrido hacia el establo. Como él, los otros bandidos comenzaron a disparar al aire, porque si no se dispara al aire se puede matar a alguien. Y entonces, cuando la sexta vaca cayó a los pies del Rey con un mugido de muerte, Eichbaum salió corriendo al patio en calzoncillos y preguntó:

—¿Y esto para qué, Benia?

—Si yo no voy a tener la plata, usted no va a tener vacas, señor Eichbaum. Es dos más dos.

—Vení adentro, Benia.

Y adentro llegaron a un acuerdo. Se dividieron las vacas acuchilladas. A Eichbaum se le otorgó una garantía de inmunidad certificada con sello. Pero más tarde ocurrió un milagro.

En la noche terrible del asalto, cuando las vacas apuñaladas mugían y los terneros se resbalaban en la sangre materna, cuando las antorchas danzaban como vírgenes negras y las lecheras retrocedían chillándoles en la cara a los cañones amistosos de las Browning, en esa noche terrible, Tsilia, la hija del viejo Eichbaum, salió corriendo al patio en camisón de encaje. Y el triunfo del Rey fue su derrota.

Pasados dos días, sin previo aviso, Benia le devolvió a Eichbaum todo el dinero que le había sacado y luego lo visitó por la tarde. Tenía puesto un traje anaranjado y bajo la manga lucía una pulsera de brillantes. Entró en la habitación, saludó y le pidió a Eichbaum la mano de su hija Tsilia. Al viejo casi se le paró el corazón, pero se recuperó. Todavía tenía como veinte años más de vida.

—Oigamé, Eichbaum —le dijo el Rey—, cuando usted muera lo voy a enterrar en el mejor cementerio judío, justo en la entrada. Le voy a hacer un mausoleo de mármol rosa, Eichbaum. Lo voy a nombrar director de la sinagoga Brodski. Voy a abandonar mi ocupación, Eichbaum, y voy a trabajar con usted. Vamos a tener doscientas vacas, Eichbaum. Voy a liquidar a todos los lecheros, usted va a ser el único. Ni un delincuente va a pasar por la calle de su casa. Le voy a construir una dacha en la estación 16... Acuerdesé, Eichbaum, de joven usted tampoco era ningún rabino. ¿Quién falsificó aquel testamento? Mejor no decirlo en voz alta. Usted sabe que va a tener un yerno que no se come los mocos ni es un cobarde. Es el Rey, Eichbaum...

Benia Krik logró lo que se propuso porque era un apasionado y la pasión gobierna el mundo. Los recién casados pasaron tres meses en la fecunda tierra de Besarabia, entre viñas, comida abundante y sudores de amor. Después, Benia regresó a Odessa para casar a su hermana cuarentona Dvoira, que padecía la enfermedad de Basedow.

Y ahora que ya hemos contado la historia de Sender Eichbaum, podemos volver al casamiento de Dvoira Krik, la hermana del Rey. En la cena se sirvieron pavos, pollos asados, gansos, pescado relleno y uja*, en la que lagos de limón brillaban como nácar. Sobre las cabecitas muertas de los gansos se balanceaban flores como penachos pomposos. ¿Pero es que acaso las olas espumosas del Mar Negro traen pollos asados a la costa de Odessa?

En esa noche azul y estrellada, todo lo más distinguido que nos provee nuestro contrabando, todo lo que de punta a punta hace gloriosa esta tierra realizaba su tarea seductora y destructiva. El vino extranjero calentaba los estómagos, aflojaba dulcemente las piernas, mareaba las cabezas y provocaba eructos estridentes como un toque militar de corneta. El cocinero negro del Plutarco, llegado de Port Said tres días antes, había logrado pasar por la aduana unas botellas panzonas de ron jamaiquino, vino aceitoso

* Sopa de pescado con verduras (básicamente, puerro, cebolla, apio, zanahoria y papa). Se la suele cocinar con algunas gotitas de limón y servir con perejil y pimienta.

de Madeira, cigarros de las plantaciones de Pierpont Morgan y naranjas de los alrededores de Jerusalén. Esto es lo que traen a la costa de Odessa las olas espumosas que se rompen en el Mar Negro, esto es lo que a los pobres de Odessa a veces les toca en suerte en los casamientos judíos. En el casamiento de Dvoira Krik les tocó ron jamaiquino. Los judíos pobres chuparon como cerdos y empezaron a dar golpes ensordecedores con sus muletas. Eichbaum se desabrochó el chaleco; observaba el festejo bullicioso con un ojo entrecerrado y en medio de un tierno ataque de hipo. La orquesta tocaba una fanfarria. Era como el desfile de una división militar. Fanfarria y nada más que fanfarria. Los bandidos, sentados muy apretados e inhibidos al principio por la presencia de desconocidos, no tardaron en soltarse. El Ruso Liova rompió una botella de vodka en la cabeza de su novia, el Artillero Monia disparó al aire, pero el entusiasmo llegó a su cima cuando, de acuerdo a la viejas costumbres, los invitados comenzaron a darles sus presentes a los recién casados. Los shamashim* de la sinagoga se subieron a las mesas para anunciar, acompañados por las notas estrepitosas de la fanfarria, las cantidades obsequiadas de rublos y cucharas de plata. Los amigos del Rey demostraron de qué es digna la sangre azul y la caballerosidad todavía no extinguida de la Moldavanka. Con un movimiento de mano despreocupado, lanzaban sobre las bandejas plateadas monedas de oro, anillos y collares de coral.

Los aristócratas de la Moldavanka estaban embutidos en chalecos fucsias, sacos colorados abrazaban sus hombros y sobre sus piernas carnosas se destrizaba el cuero color azul cielo de sus pantalones. Erguidos y sacando panza, los bandidos aplaudían al compás de la música, gritaban «¡que se besen!» y le tiraban flores a la novia, mientras ella, Dvoira, la hermana cuarentona de Benia Krik, la hermana del Rey, deformada por la enfermedad, con la papada hinchada y los ojos salidos de las órbitas, estaba sentada sobre una montaña de almohadones al lado de un muchachito

* Forma plural de *shamas*. Personal de una sinagoga a cargo de tareas diversas, como la preparación de los servicios diarios y el cuidado de los elementos rituales.

menudo comprado por Eichbaum y enmudecido de tristeza.

El ritual de los regalos llegaba a su fin. Los shamashim de la sinagoga se habían quedado afónicos y el contrabajo ya no se llevaba bien con el violín. De repente, se extendió sobre el patio un leve olor a quemado.

—Benia, Benia, ¿sabés qué me parece? —dijo Krik padre, el viejo carrero, entre los carreros el más grosero—. Me parece que se nos está quemando algo.

—Viejo —le dijo el Rey a su padre borracho—, por favor, usted siga bebiendo y comiendo, deje de preocuparse por zonceras…

Krik padre le hizo caso a su hijo. Comió y bebió, pero la nubecita de polvo se hacía cada vez más tóxica. Como una espada filosa, una lengua de fuego cortó el horizonte, que ya se estaba poniendo rojo en alguna parte. Los invitados, de pie, comenzaron a husmear el aire; sus mujeres, a chillar. Los bandidos se lanzaban entre sí miradas furtivas. Benia no prestaba atención. Estaba desconsolado.

—¡Me están arruinando la fiesta! —gritó desesperado—. Queridos, por favor, coman y beban…

En ese momento apareció el mismo muchacho que había venido en las primeras horas de la tarde.

—Rey —dijo—, tengo un mensaje para usted.

—A ver, largalo —contestó el Rey—. Siempre tenés un mensaje…

—Rey —dijo el muchacho desconocido y se rió—, es muy gracioso, la comisaría arde como una vela…

Los comerciantes se quedaron mudos. Los bandidos sonrieron. La sesentona Manka, madre progenitora de los delincuentes de los arrabales, se metió dos dedos en la boca y silbó tan fuerte que quienes estaban a su lado se ladearon.

—Mania, tranquilicesé que no estamos trabajando —le recordó Benia—, no sea tan temperamental, Mania…

El muchacho que había traído la noticia increíble seguía matándose de risa.

—De la comisaría salieron como cuarenta tipos —contaba moviendo la mandíbula—, venían a hacer la redada. Dieron quince pasos y ya se estaba quemando todo… Vayan a ver si quieren…

Pero Benia les prohibió a los invitados ir a ver el incendio. Fue él mismo con dos compañeros. La comisaría estaba completamente en llamas. Los policías corrían por las escaleras llenas de humo sacudiendo sus traseros y tirando baúles por las ventanas; los presos, mientras tanto, calladitos y como si nada, se escapaban; los bomberos actuaban con esmero, pero no salía agua de la canilla cercana. El comisario —la escoba nueva que barre mejor— estaba parado en la vereda de enfrente y se mordisqueaba los pelos de los bigotes que le entraban en la boca. Ahí estaba la escoba nueva, quieta. Benia pasó cerca y le dirigió un saludo militar.

—Tenga usted buenas noches, Excelencia —dijo con tono compasivo—. ¿Qué me dice de este desastre? Es un horror…

Benia miró el edificio en llamas, movió la cabeza y chasqueó los labios:

—Ay, ay, ay…

Cuando Benia regresó a casa, los faroles del patio ya estaban apagados y en el cielo se vislumbraba el amanecer. Los invitados se habían ido y los músicos dormían con sus cabezas apoyadas en los mangos de los contrabajos. Dvoira era la única que no pensaba dormir. Con sus dos manos empujaba hacia la puerta del dormitorio nupcial a su tímido esposo y lo devoraba con la mirada, como una gata que de a poco saborea el ratón que tiene entre sus dientes.

Como se hacía en Odessa

Yo empecé.

—Reb Arie-Leib —le dije al viejo—, hablemos de Benia Krik. Hablemos de su vertiginoso comienzo y de su terrible final. Tres sombras se interponen en el camino de mi imaginación. Por ejemplo, el Grajo Froim. ¿Acaso la dureza de sus actos no resistiría la comparación con la fuerza del Rey? Kolka Pakovski. Su locura contenía en sí todo lo necesario para mandar. ¿Y cómo pudo ser que Jaim Drong no distinguiera el brillo de la nueva estrella? ¿Por qué Benia Krik fue el único que llegó a lo alto de la escalera de cuerda, mientras que los demás se quedaron colgando de los inseguros escalones inferiores?

Sentado sobre el muro del cementerio, Reb Arie-Leib permanecía callado. Frente a nosotros se extendía la tranquilidad verde de las tumbas. El que desea una respuesta tiene que llenarse de paciencia. Al que posee el conocimiento le sienta bien la seriedad. Por eso Arie-Leib permanecía callado, sentado sobre el muro del cementerio. Por fin, dijo:

—¿Por qué él? ¿Quiere saber por qué él y no ellos? Escuche, olvide por un momento que usted tiene anteojos en la nariz y otoño en el alma. Deje de armar escándalos en su escritorio y de tartamudear frente a la gente, e imagínese por un instante que arma escándalos en las plazas y tartamudea frente a una hoja de papel. Usted es un tigre, un león, un gato. Puede acostarse con una mujer rusa y dejarla contenta. Usted tiene 25 años. Si el cielo y la tierra tuvieran anillos adheridos, usted agarraría esos anillos y acercaría el cielo a la tierra. Pero su padre es el carrero Mendel Krik. ¿En qué piensa un padre así? Piensa en tomarse un buen vaso de vodka, en agarrarse a trompadas con alguien y en sus caballos. En nada más. Usted quiere vivir, pero él lo obliga a morir veinte veces al día. ¿Qué habría hecho usted en lugar de Benia Krik? Nada. Pero él sí hizo algo. Por eso es el Rey y usted no es nadie. Él, Benia, fue a hablarle al Grajo Froim, que ya en esa época veía el mundo con

un solo ojo y era quien es ahora. Le dijo a Froim:

—Dejame trabajar de tu lado. El lado del que yo esté va a ser el ganador.

El Grajo le preguntó:

—¿Quién sos, de dónde venís y qué buscás?

—Haceme una prueba, Froim —contestó Benia—, y dejemos de dar vueltas.

—Bueno, dejemos de dar vueltas —contestó el Grajo—, te voy a probar.

Entonces los bandidos se reunieron para tomar una decisión. Yo no estuve ahí, pero dicen que hubo una reunión. El jefe en aquel entonces era el hoy difunto Toro Liovka.

—¿Qué se trae entre manos este Benia? —preguntó el Toro.

El Tuerto Froim dio su opinión:

—Benia habla poco, pero es comprador. Habla poco, pero dan ganas de que diga más.

—Si es así —exclamó el Toro—, entonces probémoslo con Tartakovski.

Todos decidieron probarlo con Tartakovski, y aquellos en los que todavía habitaba la conciencia se pusieron colorados al oír tal decisión. ¿Por qué se pusieron colorados? Se va a enterar, si me sigue adonde lo llevo.

A Tartakovski lo llamaban el «Judío y Medio» o «Nueve Asaltos». «Judío y Medio» era porque ni un judío podría haber sido tan insolente ni tenido tanto dinero como Tartakovski. Era más alto que el policía más alto de Odessa y pesaba más que la judía más gorda. «Nueve Asaltos» era porque la firma Toro Liovka y Compañía asaltó su oficina no ocho, ni diez, sino exactamente nueve veces. El destino de Benia, que en ese tiempo todavía no era el Rey, era tener el honor de asaltar al Judío y Medio por décima vez. Cuando Froim le transmitió esto, Benia contestó «bueno» y salió dando un portazo. ¿Por qué dio un portazo? Se va a enterar, si me sigue adonde lo llevo.

Tartakovski tiene alma de asesino, pero es de los nuestros. Es de nuestra sangre, de nuestra carne, como si nos hubiese parido

la misma madre. La mitad de Odessa trabaja en sus negocios. Sin embargo, fue víctima de sus vecinos de la Moldavanka. Lo secuestraron dos veces para sacar dinero de su rescate y una vez, durante un pogromo, lo enterraron con cantos. Esa vez, los grandulones de la Slobodka estaban golpeando a los judíos en la Gran Arnautskaia. Tartakovski se escapó de ellos y, en la Sofieskaia, se encontró con una procesión fúnebre acompañada de un coro. Preguntó a los que pasaban:

—¿A quién están enterrando?

Le contestaron que estaban enterrando a Tartakovski. La procesión fúnebre llegó hasta el cementerio de la Slobodka. En ese momento, los nuestros sacaron del ataúd una ametralladora y empezaron a disparar a los grandulones. Pero el Judío y Medio no se lo esperaba. Estaba muerto de miedo. ¿Quién no habría estado muerto de miedo en su lugar?

Un décimo asalto a una persona que una vez ya había sido enterrada era un acto demasiado brutal. Benia, que todavía no era el Rey, lo entendía mejor que nadie. Pero le había dicho «bueno» al Grajo, y ese mismo día le escribió a Tartakovski una carta parecida a todas las demás de esa clase: «¡Estimadísimo Ruvim Osipovich! Si es tan amable, el sábado deje debajo del tanque de agua de lluvia...», etcétera. «En caso de negarse, como últimamente se lo está permitiendo, le espera una gran desilusión en su vida familiar. Atentamente, Benzion Krik, conocido suyo».

Tartakovski contestó sin demora: «¡Benia! ¡Si fueras un idiota, te escribiría como a tal! Pero no te creo un idiota, que Dios no lo permita. Aparentemente te estás haciendo el pendejo. ¿No sabías que este año en Argentina hay una cosecha de no creer y nosotros estamos acá con nuestro trigo sin vender? Te digo, con la mano en el corazón, que estoy harto de comer pan amargo y pasar por estas situaciones a mi edad, después de haber trabajado toda la vida como una mula. ¿Y qué tengo a cambio de mis faenas duras e interminables? Úlceras, enfermedades, líos e insomnio. Dejate de embromar, Benia. Tu amigo, más de lo que pensás, Ruvim Tartakovski».

El Judío y Medio había hecho lo suyo: había escrito la carta, pero el correo la mandó a otra dirección. Al no haber recibido respuesta, Benia se enojó. Al otro día, apareció en la oficina de Tartakovski con cuatro amigos. Cuatro jóvenes enmascarados y armados irrumpieron en la sala.

—¡Arriba las manos! —dijeron revoleando las pistolas.

—Solomon —dijo Benia al que gritaba más que los otros—, a no ponerse nervioso en el trabajo —y, dirigiéndose al encargado, pálido como la muerte y amarillo como la arcilla, le preguntó:

—¿Está el Judío y Medio?

—No está —contestó el encargado, de apellido Muguinstein y de nombre Iosif. Era el hijo soltero de la señora Pesia, la vendedora de pollos de la plaza Seredinskaia.

—¿Quién está a cargo entonces? —comenzó a interrogar al pobre Muguinstein.

—Yo estoy a cargo —dijo Muguinstein, verde como el pasto.

—¡Entonces sé tan amable de abrirnos la caja! —le ordenó Benia, y comenzó la ópera en tres actos.

Solomon, nervioso, guardaba el dinero, los papeles, el reloj y los documentos en una valija. El pobre Muguinstein estaba parado frente a él con los brazos en alto, mientras Benia contaba historias de la vida del pueblo judío.

—Y ya que se hace el Rothschild —dijo Benia de Tartakovski—, entonces que tenga una muerte esplendorosa. Explicame, Muguinstein, como a un amigo: si él recibe una carta comercial de mi parte, ¿por qué no se sube a un tranvía por cinco copecas y me viene a visitar? Tomaríamos un vaso de vodka con mi familia y picaríamos algo, lo que Dios nos mande. ¿Qué le molesta abrirse conmigo? «Benia —podría haber dicho—, las cosas no andan muy bien, acá tenés mi balance, esperá un par de días, dame un respiro y dejame ver cómo hago». ¿Qué le hubiera contestado yo? Un cerdo no puede ponerse de acuerdo con otro cerdo, pero hablando la gente se entiende. ¿Me entendés, Muguinstein?

—Entiendo —dijo Muguinstein y mintió, porque no entendía por qué el Judío y Medio, una persona importante y de mucho

dinero, tenía que tomarse un tranvía para ir a picar algo con la familia del carrero Mendel Krik.

Mientras tanto, la desgracia deambulaba tras las ventanas como un mendigo al amanecer. La desgracia entró con ruido en la oficina, y lo hizo en la figura del judío Savka Butsis, que estaba borracho como un aguatero.

—¡Uh! —gritó el judío Savka—. Perdoname, Benia, llegué tarde —y comenzó a patalear y agitar las manos. Después disparó y la bala dio en el vientre de Muguinstein.

¿Hacen falta palabras? El tipo vivía y de golpe no vivió más. Vivía soltero e inocente como el pájaro en la rama, y se vino a morir por una estupidez. Apareció un judío que parecía un marinero y no se puso a practicar tiro al blanco con una botella, sino que disparó al vientre de una persona. ¿Hacen falta palabras?

—¡Nos vamos de acá! —gritó Benia y salió último, pero antes le dijo a Butsis:

—Lo juro por la tumba de mi madre, Savka, vas a terminar igual que él...

Ahora dígame, joven, usted que se beneficia de las acciones de otros, ¿qué habría hecho en el lugar de Benia Krik? No habría sabido qué hacer. Él sí supo, por eso es el Rey, mientras que nosotros estamos sentados sobre el muro del segundo cementerio judío y nos protegemos del sol con las manos.

El pobre hijo de la señora Pesia no murió al instante. Una hora después de que lo ingresaran al hospital, se presentó Benia. Sin sacarse las manos de los bolsillos del pantalón color crema, ordenó llamar al médico y a la enfermera y les dijo:

—Estoy interesado —dijo— en que el herido Iosif Muguinstein se recupere. Me presento, por las dudas: Benzion Krik. Quiero que se le dé alcanfor, bolsas de oxígeno, una habitación individual y que se lo atienda con generosidad. Si no lo hacen, para cada doctor, aunque sea doctor en filosofía, se van a necesitar no más de dos metros de tierra en el cementerio.

Igualmente, Muguinstein murió aquella misma noche. Fue entonces que el Judío y Medio puso el grito en el cielo.

—¿Dónde comienza la policía —bramaba— y dónde termina Benia?

—La policía termina donde comienza Benia —le contestaban las personas razonables, pero Tartakovski no se calmaba, y entonces llegó el momento en que el equipo musical de un auto rojo tocó por primera vez *Ridi, pagliaccio* en la plaza Seredinskaia. En pleno día, el auto aterrizó en la casita donde vivía la señora Pesia.

Chirriaron las ruedas del auto, que escupía humo, brillaba de limpieza, olía a nafta y tocaba arias con la bocina. Se bajó un tipo y entró en la cocina, donde sobre el piso de tierra se retorcía de dolor la pequeña señora Pesia. El Judío y Medio estaba sentado en una silla y gesticulaba con las manos.

—¡Caradura —gritó cuando vio al visitante —, delincuente, que la tierra te trague! Qué maneras son esas, andar matando gente...

—Señor Tartakovski —le contestó Benia Krik en voz baja—, ya es el segundo día que lloro la muerte del querido Iosif como si fuera la de un hermano. Pero sé que a usted no le importan mis lágrimas jóvenes. Es vergonzoso, señor Tartakovski. ¿En qué armario indestructible guardó su vergüenza? ¿Cómo tuvo corazón para mandarle cien míseros rublos a la madre de nuestro pobre difunto Iosif? Se me pusieron los pelos de punta cuando me enteré de la noticia.

Acá Benia hizo una pausa. Tenía puesto un saco color chocolate, un pantalón crema y unos zapatos frambuesa.

—¡Diez mil, ahora! —gritó—. Diez mil ahora y una pensión hasta su muerte, y ojalá viva ciento veinte años. Si no, entonces salgamos de acá, señor Tartakovski, y nos sentemos en mi auto…

Después discutieron entre ellos. Mejor dicho, el Judío y Medio discutió con Benia. Yo no estuve presente, pero los que estuvieron se acuerdan. Quedaron en cinco mil en efectivo y cincuenta rublos todos los meses.

—Señora Pesia —le dijo entonces Benia a la viejita, que estaba tirada en el piso toda despeinada—, si usted quiere mi vida, se la doy, pero todos nos equivocamos y Dios también. Fue un grave error, señora Pesia. ¿Pero no fue un error de Dios

haber asentado a los judíos en Rusia para que sufran como en el infierno? ¿Qué habría tenido de malo mandar a los judíos a vivir a Suiza, donde estarían rodeados de lagos vírgenes, aire de montaña y puros franceses? Todos nos equivocamos, Dios también. Escúcheme bien, señora Pesia. Usted tiene cinco mil rublos en mano y cincuenta mensuales hasta su muerte, y ojalá viva ciento veinte años. El entierro de Iosif va a ser de primera: seis caballos como seis leones, dos carros con coronas, el coro de la sinagoga Brodski... El mismísimo Minkovski va a venir a celebrar la misa para su difunto hijo...

El entierro tuvo lugar a la mañana siguiente. Sobre el entierro, pregúnteles a los mendigos del cementerio. Pregúnteles a los shamashim de la sinagoga, a los vendedores de aves kosher o a las viejas del segundo asilo. Odessa jamás había visto un entierro así, ni el mundo entero jamás volverá a verlo. Ese día, los policías usaron guantes blancos. En las sinagogas, llenas de verde y abiertas de par en par, las luces estaban encendidas. Sobre los caballos blancos de la carroza fúnebre se balanceaban plumas negras. Sesenta coristas iban adelante de la procesión; eran muchachos, pero cantaban con voces femeninas. Los directores de la sinagoga de los vendedores de aves llevaban del brazo a la señora Pesia. Detrás iban los integrantes de la Unión de Empleados Judíos, y después los abogados, los médicos y las parteras. De un lado de la señora Pesia estaban las vendedoras de pollos del mercado viejo; del otro lado, las honorables lecheras de Bugaiovka, envueltas en chales anaranjados. Marchaban como gendarmes en un desfile militar. De sus caderas anchas emanaba un perfume a mar y leche. Detrás de todos se arrastraban los empleados de Ruvim Tartakovski. Eran como cien, o doscientos, o dos mil. Llevaban puestos sacos negros con solapas de seda y botas nuevas que chillaban como lechones atrapados en una bolsa de papas.

Ahora voy a hablar como habló el Señor en el monte Sinaí desde el arbusto ardiente. Deje que mis palabras penetren en sus oídos. Todo lo que vi, lo vi con mis propios ojos, sentado

acá, sobre el muro del cementerio, junto al Ceceoso Moiseika y Shimshon, el empleado de la funeraria. Lo vi yo, Arie-Leib, judío orgulloso que vive entre los muertos.

La carroza fúnebre llegó a la sinagoga del cementerio. Ubicaron el ataúd en los escalones de la entrada. La señora Pesia temblaba como un pajarito. El cantor se bajó de su carruaje y comenzó a celebrar el funeral. Sesenta coristas lo acompañaban. En ese momento, un auto rojo llegó volando por la esquina. Puso *Ridi, pagliaccio* y estacionó. La gente estaba callada, como si estuviera muerta. Estaban callados los árboles, los coristas, los mendigos. Cuatro tipos salieron de abajo del techo rojo y con paso silencioso acercaron a la carroza una corona de rosas nunca antes vistas. Cuando terminó el funeral, los cuatro pusieron bajo el ataúd sus hombros de acero y, con ojos encendidos y el pecho salido, marcharon junto a los integrantes de la Unión de Empleados Judíos.

Adelante iba Benia Krik, a quien todavía nadie llamaba el Rey. Fue el primero en acercarse a la tumba. Se subió al túmulo y estiró el brazo.

—Joven, ¿qué quiere hacer? —se le acercó corriendo Kofmann, de la sociedad funeraria.

—Quiero decir unas palabras —contestó Benia Krik.

Y dijo entonces unas palabras. Las escucharon todos los que quisieron escuchar. Las escuché yo, Arie-Leib, y el Ceceoso Moiseika, que estuvo sentado conmigo sobre el muro.

—Señoras y señores —dijo Benia Krik—, señoras y señores —repitió, y el sol se elevó sobre su cabeza como un custodio armado—, han venido aquí para rendir el último homenaje a un trabajador que falleció por una moneda. De mi parte y de parte de todos los que no están presentes, les agradezco. ¡Señoras y señores! ¿Qué vio nuestro querido Iosif en su vida? Un par de zonceras. ¿A qué se dedicaba? Contaba dinero ajeno. ¿Por quién murió? Murió por toda la clase trabajadora. Hay personas que ya están condenadas a morir, hay otras que todavía no empezaron a vivir. Y entonces una bala vuela hacia un pecho condenado a

muerte y atraviesa a Iosif, que no vio en su vida nada más que un par de zonceras. Hay personas que saben tomar vodka y hay otras que no, pero toman igual. Los primeros encuentran placer en la desgracia y la felicidad, mientras que los segundos sufren por todos aquellos que toman vodka sin saber tomar. Por eso, señoras y señores, después de que oremos por nuestro pobre Iosif, les pido que acompañen a la tumba a alguien que no conocieron y que también ya falleció, Saveli Butsis...

Después de haber dicho estas palabras, Benia se bajó del túmulo. La gente, los árboles y los mendigos del cementerio estaban callados. Dos sepultureros colocaron un ataúd despintado junto a la tumba vecina. El cantor, tartamudeando, terminó la oración. Benia lanzó la primera palada y pasó a la tumba de Savka. Los abogados y las señoras con prendedores lo siguieron como si fueran ovejas. Benia obligó al cantor a celebrar el funeral completo en honor a Savka, y los sesenta coristas lo acompañaron. Savka no se habría imaginado un funeral así, confíe en la palabra del viejo Arie-Leib.

Dicen que aquel día el Judío y Medio decidió cerrar sus negocios. Yo no estuve en ese momento, pero que ni el cantor, ni el coro, ni la sociedad funeraria pidieron dinero por los entierros, lo vi con los ojos de Arie-Leib. Arie-Leib, así me llamo. No pude ver nada más, porque la gente que se alejaba lentamente de la tumba de Savka empezó a correr como si se hubiera desatado un incendio. Se iban volando en carruajes, en carros y de a pie. Los cuatro que llegaron en el auto rojo se fueron en él. El equipo musical comenzó a tocar su música, el auto se estremeció y arrancó.

—Ahí va el Rey... —dijo, viendo el auto partir, el Ceceoso Moiseika, el mismo que siempre me ocupa los mejores lugares sobre el muro.

Ahora usted sabe todo. Sabe quién pronunció por primera vez la palabra «Rey». Fue Moiseika. Sabe por qué no llamó así ni al Tuerto Froim, ni al Loco Kolka. Sabe todo. ¿Pero de qué sirve, si sigue teniendo anteojos sobre la nariz y otoño en el alma?

El padre

El Grajo Froim estuvo casado alguna vez. Fue hace mucho tiempo; han pasado veinte años. Su mujer le dio una hija y murió a causa del parto. A la niña se la llamó Basia. La abuela materna, que vivía en Tulchin, no quería a su yerno. Decía: Froim trabaja de carrero y tiene caballos negros, pero su alma es más negra que el pelaje negro de sus caballos. La vieja no quería a su yerno y se quedó con la recién nacida. Vivió con la niña veinte años y después murió. Entonces, Baska volvió con su padre. Esto sucedió así...

Un miércoles cinco, el Grajo Froim llevaba al barco Caledonia, que estaba en el puerto, el trigo de los depósitos de la sociedad Dreyfus. A la tarde, terminó con el trabajo y volvió a su casa. Al doblar por la calle Projorovskaia, se encontró con el herrero Ivan Piatirubel.

—Estimado Grajo —dijo Ivan—, hay una mujer que está ansiosa por verlo.

El Grajo siguió su camino y vio en el patio a una mujer de altura titánica. Tenía caderas enormes y cachetes color ladrillo.

—Padrecito —pronunció la mujer con una voz de bajo ensordecedora—, ya no sabía qué hacer del aburrimiento. Lo estuve esperando todo el día. La abuela de Tulchin se murió.

El Grajo estaba parado sobre el carro y observaba a su hija con los ojos abiertos de par en par.

—Dejá de dar vueltas al frente de los caballos —gritó desolado—. Agarrá el caballo de tiro de la brida. ¿No ves que los ponés nerviosos?

El Grajo, parado sobre el carro, agitaba el látigo. Baska agarró el caballo de tiro de la brida y llevó a todos los animales al establo. Los desenganchó y se fue a trabajar a la cocina. La muchacha colgó de la soga los trapos que su padre usaba de medias, limpió con arena la pava cubierta de hollín y se puso a calentar una zraza* en una olla de hierro fundido.

* Bomba de papa rellena de carne y cebolla.

—Padrecito, tiene una mugre insoportable acá —dijo y tiró por la ventana unas pieles de oveja malolientes que había en el piso—. ¡Pero yo voy a sacar toda esta mugre! —gritoneó Baska y le sirvió la cena a su padre.

El viejo tomó vodka de la pava esmaltada y comió la zraza, que olía a infancia feliz. Después, agarró el látigo y salió por el portón. Tras él también salió Baska. Se había puesto sus zapatos de hombre, su vestido anaranjado, su sombrero adornado con pájaros. Se sentó en un banquito con su padre. La tarde pasaba frente al banquito, el ojo brilloso del atardecer se hundía en el mar detrás de la zona de Peresyp y el cielo estaba rojo como las fechas rojas del calendario. En la Dalnitskaia ya habían cerrado todos los negocios, y los bandidos pasaban por la calle muerta camino al burdel de Ioska Samuelson. Iban en coches lacados, vestidos con sacos tan coloridos que los hacían parecer colibríes. Mirando de reojo, con un pie pisando el estribo y uno de sus brazos de acero extendido, llevaban ramos de flores envueltos en papel de cigarrillo. Los coches lacados andaban a paso de hombre; en cada uno había un tipo con un ramo y los cocheros, plantados en el asiento alto, iban adornados con moños, como padrinos de boda. Las viejas judías con sus cofias seguían apáticamente el transcurso de este proceso tan habitual. A las viejas todo les daba igual; los únicos que envidiaban a los reyes de la Moldavanka eran los hijos de los comerciantes y de los estibadores del puerto.

Solomonchik Kaplun, hijo de un almacenero, y el Artillero Monia, hijo de un contrabandista, eran de los que intentan desviar la mirada del brillo de la buena suerte ajena. Los dos pasaron al lado de Baska, menéandose como muchachas que acababan de conocer el amor. Cuchicheaban entre ellos y movían los brazos mostrando cómo abrazarían a Baska si esta lo deseara. Y Baska lo deseó al instante, porque era una muchacha simple de Tulchin, ciudad pequeña, cegatona y cerrada. Pesaba ochenta y tantos kilos, y hasta ahí había vivido toda su vida entre vendedores ambulantes de libros, comerciantes de madera y la nueva generación mezquina de intermediarios comerciales de Podolia. Jamás

había visto a alguien como Solomonchik Kaplun. Por eso, cuando lo vio, empezó a escarbar el suelo con sus pies gordos metidos en zapatos de hombre y le dijo a su padre con voz de trueno:

—Padrecito, mire a ese señorito, tiene los piecitos de una muñeca, me los comería…

—Caramba, don Froim —murmuró el viejo judío que estaba sentado al lado de ellos, el viejo judío de apellido Golubchik—. Veo que la criatura quiere salir a jugar.

—Lo que me faltaba —le contestó Froim, jugueteando con el látigo, y se fue a dormir. Durmió tranquilamente, porque no le creía al viejo.

No le creía, pero se equivocaba. Golubchik tenía razón. Era el casamentero del barrio. Por las noches oraba por los difuntos adinerados y sabía de la vida todo lo que hay que saber. El Grajo Froim estaba equivocado. Golubchik tenía razón.

En efecto, desde ese día Baska pasaba todas las tardes afuera. Se sentaba en el banquito y tejía su ajuar. Montones de tela se resbalaban por sus rodillas poderosas y separadas. Junto a ella se sentaban mujeres embarazadas que se iban hinchando como se hincha la ubre de la vaca en el campo con la leche rosada de la primavera. Uno por uno, los hombres de las mujeres gruñonas llegaban del trabajo, se estrujaban la barba desprolija bajo la canilla y luego les dejaban el lugar a las abuelas jorobadas para que bañaran en fuentones a sus nietos. Las viejas cacheteaban las nalgas radiantes de los gorditos y los envolvían en sus polleras gastadas.

Y entonces Baska de Tulchin pudo ver lo que era la vida en la Moldavanka, nuestra madre generosa. Una vida de bebés recién nacidos, trapos secándose al aire y noches conyugales llenas de lujuria suburbana y vigor de soldado. La chica también quiso una vida así, pero se dio cuenta de que, siendo la hija del Tuerto Froim, no podía contar con un partido decente. Entonces dejó de llamar a su padre «padrecito».

—¡Colorado ladrón! —le gritaba por las noches—. ¡Colorado ladrón, la cena ya está lista!

Y esto siguió así hasta que Baska se cosió seis camisones y

seis pares de bombachones con puntilla. Al terminar de agregar la puntilla, se largó a llorar. Su llanto agudo no pegaba con ella. Entre lágrimas, le dijo a su padre indiferente:

—Toda mujer tiene su objetivo en la vida; yo soy la única que vive como guardián de tesoros ajenos. O usted hace algo o yo, padrecito, me mato.

El Grajo la escuchó hasta el final. Al día siguiente, se puso su abrigo y se fue a visitar al comerciante de artículos importados Kaplun en la plaza Privoznaia. El de Kaplun era el negocio mejor puesto de la plaza, tenía un cartel dorado y olía a los muchos mares y a las muchas vidas interesantes que desconocemos. Un muchachito regaba el interior fresco del negocio mientras canturreaba una canción para adultos. El hijo del dueño, Solomonchik, estaba atendiendo; sobre el mostrador se exhibían aceitunas griegas traídas directamente de Grecia, aceite de Marsella, café en grano, vino Málaga traído de Lisboa, sardinas de la marca Felipe y Cano y pimienta roja. El mismo Kaplun estaba sentado al sol en la galería acristalada con su chaleco puesto, comiendo sandía roja con pepas negras y oblicuas como los ojos engañosos de las chinas. La panza de Kaplun estaba apoyada sobre la mesa bajo el sol, que no parecía molestarlo. Cuando vio venir al Grajo con su abrigo de lona, se puso pálido.

—Buen día, don Froim —dijo y se hizo para atrás—. Golubchik me avisó que vendría. Le preparé unos gramos de un té que es una rareza, especialmente para usted.

Y comenzó a contarle sobre el nuevo tipo de té llegado a Odessa en los barcos holandeses. El Grajo lo escuchaba con paciencia, pero luego lo interrumpió, porque él era un hombre sencillo y directo.

—Yo soy un hombre sencillo y directo —dijo el Grajo—. Tengo mis caballos y hago mi trabajo. La dote de Baska es ropa blanca nueva, un par de billetes que tengo guardados y yo mismo me incluyo. A quien le parezca poco que se lo lleve el diablo.

—¿Pero por qué el diablo habría de llevarse a alguien, hombre? —contestó rápidamente Kaplun y le acarició la mano al

carrero—. ¿Por qué estas palabras, don Froim? Ya sabemos que usted es un hombre que puede ayudar al otro, pero que también puede lastimarlo cada tanto. Usted no es el rabino de Cracovia, pero digamos que yo tampoco me casé con la sobrina del señor Moses Montefiore; en cambio, tengo a la señora Kaplun... La señora Kaplun es una dama extraordinaria de la que ni Dios sabe lo que quiere...

—Yo sí sé —interrumpió con calma el Grajo—. Sé que Solomonchik la quiere a Baska, pero la señora no me quiere a mí.

—¡Así es, yo no lo quiero! —gritó la señora Kaplun, que estaba escuchando cerca de la puerta, y entró enardecida en la galería con su voluminoso pecho agitándose—. A usted no lo quiero, Grajo, como no se quiere a la muerte. No lo quiero, como una novia no quiere granos en la cara. No se olvide de que nuestro difunto abuelo era comerciante de artículos importados, tenemos que mantenernos en el ramo.

—Que se mantengan en el ramo entonces —le dijo el Grajo a la señora enardecida y se fue a su casa. Ahí lo esperaba Baska con el vestido anaranjado, pero el viejo, sin mirarla, extendió su abrigo de piel debajo del carro y se acostó a dormir, hasta que la poderosa mano de su hija lo sacó de ahí.

—Colorado ladrón —susurró la muchacha con una voz que no parecía suya—. ¿Por qué tengo que soportar estas actitudes de carrero? ¿Por qué está callado como si fuera mudo?

—Baska —pronunció el Grajo—, Solomonchik te quiere, pero la señora Kaplun no me quiere a mí. Quiere un comerciante.

El viejo reacomodó el abrigo de piel y se metió de nuevo debajo del carro. Baska desapareció.

Todo esto sucedió un sábado, el día de descanso. El ojo púrpura del crepúsculo, que se paseaba a la tarde por la tierra, encontró al Grajo roncando debajo del carro. La luz apuntó al dormido como un reproche ardiente y lo hizo salir a la calle Dalnitskaia, polvorienta pero resplandeciente como centeno verde al viento. Los tártaros y los turcos subían por la calle con sus mulas. Habían peregrinado a La Meca y volvían a sus hogares

en la Transcaucasia y en las estepas de Oremburgo. Un barco los había traído a Odessa y ellos, desde el puerto, se iban a la posada de Liubka Schneiveis, llamada la Cosaco Liubka. Las túnicas de tela dura a rayas que vestían los tártaros sofocaban la calle con el sudor de bronce del desierto. Sus feces estaban envueltas en toallas blancas, señal de que volvían de reverenciar la tumba del profeta. Los peregrinos llegaron hasta la esquina y doblaron hacia el albergue de Liubka, pero no podían pasar porque en la entrada se había juntado mucha gente. Liubka Schneiveis, con una riñonera en la cadera, golpeaba a un borracho y lo sacaba a empujones del patio a la calle. Lo golpeaba con el puño cerrado en el rostro como si fuera un tambor y con la otra mano lo sostenía para que no se desplomara. Mientras la sangre le chorreaba entre los dientes y cerca de la oreja, el hombre miraba a Liubka pensativo y como si no la conociera. Finalmente, se cayó al suelo y se durmió. Entonces, Liubka lo empujó con el pie y volvió a su puesto. Yevzel, el guardia, cerró el portón y saludó con la mano al Grajo Froim, que pasaba por ahí...

—¿Qué tal, Grajo? —dijo—. Si quiere ver algo interesante de la vida, pase que se va a divertir...

Y el guardia lo llevó hasta el muro contra el que estaban sentados los peregrinos que habían llegado el día anterior. Un turco viejo con turbante verde estaba tirado en el pasto, liviano y verde como una hoja. Lo cubría un sudor perlado, respiraba con dificultad y movía los ojos.

—Mire —dijo Yevzel y se acomodó la medalla sobre su saco gastado—, aquí tiene una escena viviente de la ópera *La enfermedad turca*. El viejito se está muriendo pero no se le puede acercar un médico, porque ellos creen que la felicidad más grande es morir en el camino a casa después de haber visitado a su dios Mahoma.

—¡Jalvash! —le gritó Yevzel al moribundo y se rió a carcajadas—. Ahí viene un médico que te va a curar.

El turco lo miró al guardia con odio y terror infantil y se dio vuelta.

Contento consigo mismo, Yevzel lo llevó al Grajo a la otra parte del patio, donde estaba la bodega. Ahí había luces y música;

unos viejos judíos con barbas pesadas tocaban canciones rumanas y judías. Mendel Krik tomaba vino de un vaso de vidrio verde y contaba cómo lo habían arruinado sus propios hijos: Benia, el mayor, y Liovka, el menor. Vociferaba con una voz ronca y horrible, mostraba sus dientes destruidos y dejaba que le tocaran sus heridas en la panza. Atrás de él estaban parados los tsadikim* de Volinia con sus caras de porcelana y escuchaban pasmados las fanfarronadas de Mendel Krik. Se asombraban de todo lo que este decía y el Grajo los despreciaba por eso.

—Viejo creído —murmuró y pidió vino.

Después, Froim llamó a la dueña, Liubka, que estaba parada en la puerta tomando vodka e insultando.

—¿Qué querés? —le gritó a Froim con rabia y bizqueando.

—Señora Liubka —empezó el Grajo y le ofreció asiento a su lado—, usted es una mujer inteligente, y he venido a hablarle como si fuera mi madre. Confío en usted, señora, primero en Dios y después en usted.

—Hablá —gritó Liubka, dio un par de vueltas por la bodega y se volvió a sentar junto a Froim.

Y el Grajo habló:

—En las colonias, los alemanes tienen una buena cosecha de trigo, y en Constantinopla los productos agrícolas están regalados de tan baratos. Un pud** de aceitunas está a tres rublos; acá las venden a treinta copecas los quinientos gramos. Los comerciantes tienen la panza llena ahora; si se los presiona un poquito, seguro que se les puede sacar algo. Pero yo en mi trabajo me quedé solo. El Toro Liova murió y nadie me da una mano. Estoy solo, como Dios en el cielo.

—Benia Krik —dijo Liubka—. Hizo bien lo de Tartakovski. ¿No te gusta Benia Krik?

—¿Benia Krik? —repitió el Grajo, sorprendido y pensativo—. Está soltero, ¿no?

---

* Forma plural de *tsadik*. Término empleado en el judaísmo para hacer referencia a una persona de suma bondad, a una persona fundamentalmente justa (el término se vincula con *tsedek*, justicia, y con *tsedaka*, caridad).

** Medida de peso rusa, equivalente a 16,38 kg.

—Sí —contestó Liubka—, casalo con Baska, dale plata, ayudalo a que se luzca.

—Benia Krik —repitió el viejo, como un eco lejano—. No había pensado en él...

Se levantó tartamudeando. Liubka se le adelantó y el Grajo la siguió lentamente. Salieron al patio y subieron al primer piso, donde vivían las chicas que Liubka tenía reservadas para los visitantes.

—El futuro novio está con Katiusha —le dijo Liubka al Grajo—, esperame en el pasillo —y se dirigió a la última habitación, donde Benia estaba acostado con la chica.

—Se acabó la diversión —le dijo la dueña al joven—. Primero hay que encontrarse un trabajo y después dedicarse a la buena vida. Te busca el Grajo Froim. Necesita a alguien para sus asuntos y no encuentra a nadie.

Y Liubka le contó todo lo que sabía de Baska y de los asuntos del Grajo Froim.

—Lo voy a pensar —le dijo Benia tapándole las piernas desnudas a Katiusha con una sábana—. Lo voy a pensar, decile al viejo que me espere.

—Esperalo —le dijo Liubka a Froim, que se había quedado parado en el pasillo—. Esperalo que lo va a pensar...

La dueña le acercó una silla a Froim y el viejo empezó a esperar. La espera se hizo interminable. El viejo esperaba paciente como espera un campesino en una oficina. Katiusha gemía y se reía a carcajadas detrás de la pared. El viejo dormitó unas dos horas o más y la tarde se convirtió en noche. El cielo se oscureció. La Vía Láctea brillaba fría y dorada. Liubka ya había cerrado la bodega; los borrachos estaban tirados por ahí como muebles viejos desvencijados y el viejo mulá de turbante verde había muerto hacia la medianoche. Del mar llegaba la música de las trompas y las tubas de los barcos ingleses, llegaba y se calmaba, pero Katiusha, la aplicada Katiusha, aún mantenía vivo para Benia su bello y rosado paraíso ruso. Gemía y se reía a carcajadas. El viejo Froim seguía sentado en el mismo lugar. Esperó hasta la una de la madrugada y decidió golpear la puerta.

—Hombre —dijo—, ¿me estás tomando el pelo?

Entonces Benia abrió la puerta de la habitación de Katiusha.

—Don Froim —le dijo, avergonzado pero radiante, mientras se tapaba con la sábana—, cuando uno es joven piensa que las mujeres son mercadería, pero en realidad no son nada más que paja que se prende fuego de la nada.

Ya vestido, acomodó las sábanas y almohadas de Katiusha y salió con el viejo a la calle. Paseando llegaron hasta el cementerio ruso y ahí mismo Benia y el Grajo Froim, viejo bandido tuerto, llegaron a un acuerdo. Acordaron que Baska le entregaría a su futuro marido, Benia Krik, una dote de tres mil rublos, dos caballos de raza pura y un collar de perlas. También acordaron que Kaplun les debía dos mil rublos. Kaplun, el de la plaza Privoznaia, el que se hizo rico con las aceitunas de Constantinopla, era culpable de soberbia familiar y, como no tuvo piedad por el primer amor de Baska, Benia Krik se encargaría de sacarle plata.

—Yo me ocupo, papá —le dijo a su futuro suegro—. Dios nos va a ayudar a castigar a todos los comerciantes como Kaplun...

Esto se dijo al alba, cuando la noche ya había terminado. Y acá comienza una nueva historia, la de la caída de la familia Kaplun, la de su muerte lenta, una historia de incendios y tiros en la noche. El destino del soberbio Kaplun y de la señorita Baska se decidió aquella noche en la que el padre y el repentino novio de Baska se pasearon por el cementerio ruso, mientras unos muchachos llevaban a sus novias tras las verjas y sus besos resonaban en las lápidas de las tumbas.

La Cosaco Liubka

En la Moldavanka, en la esquina de las calles Dalnitskaia y Balkovskaia, se ubica la casa de Liubka Schneiveis. En esa casa hay una bodega, una posada, una tienda de granos y un palomar para cien pares de palomas de Kriukov y Nikolaiev. Todo esto y el lote número cuarenta y seis en las canteras de Odessa le pertenecen a Liubka Schneiveis, llamada la Cosaco. Solo el palomar es propiedad del guardia Yevzel, un soldado veterano condecorado que sale los domingos a la calle Ojotnitskaia a venderles palomas a los funcionarios de la ciudad y a los muchachos del barrio. Aparte del guardia, en la casa de Liubka viven la cocinera y comadre Pesia-Mindl y el encargado Tsudechkis, un judío petisito con barba, parecido a Ben Zajaria, nuestro rabino de la Moldavanka. Sobre Tsudechkis sé muchas historias. La primera trata de cómo llegó a ser el encargado de la posada de Liubka Schneiveis, llamada la Cosaco.

Hace más o menos diez años, Tsudechkis logró gestionar la venta de una desgranadora a tracción animal a un hacendado, y a la noche llevó a este a lo de Liubka para festejar la compra. El comprador usaba bigotes largos y botas de charol. Pesia-Mindl le preparó pescado relleno a la judía para la cena y una linda muchacha, Nastia, para después. El hacendado se quedó a dormir. A la mañana, Yevzel despertó a Tsudechkis, que estaba acurrucado en la entrada de la habitación de Liubka.

—A ver —dijo Yevzel—, usted ayer se jactaba de que le había vendido la desgranadora al hacendado ese, pero resulta ser que, después de dormir, el hombre se fugó como el peor de los cobardes. Ahora pague los dos rublos de la cena y los cuatro de la muchacha. Se ve que usted es un perro viejo.

Pero Tsudechkis no quiso pagar. Entonces Yevzel lo metió de un empujón en la habitación de Liubka y cerró la puerta con llave.

—Te vas a quedar ahí —dijo— hasta que Liubka vuelva de las canteras y con la ayuda de Dios te arme un escándalo de aquellos. Amén.

—Desgraciado —le contestó Tsudechkis al exsoldado mientras recorría con la mirada la habitación—, vos de lo único que sabés es de tus palomas, pero yo creo en Dios y sé que me va a sacar de acá como sacó a los judíos, primero de Egipto y después del desierto...

El pequeño intermediario comercial tenía más cosas para decirle al exsoldado, pero Yevzel se guardó la llave y se fue haciendo ruido con sus botas. Entonces Tsudechkis se dio vuelta y vio cerca de la ventana a la comadre Pesia-Mindl, que estaba leyendo *Los milagros y el corazón de Baal Schem*, un libro jasidista con canto dorado, y mecía con el pie una cuna de roble en la que estaba llorando Davidito, el hijo de Liubka.

—Ya veo cómo son las normas en esta Sajalín —le dijo Tsudechkis a Pesia-Mindl—. He aquí un bebé desgarrándose del llanto de tal forma que se le parte el alma a uno, mientras usted, una señora grandota, se queda plantada ahí como piedra en el bosque y ni siquiera puede darle el chupete.

—Deseló usted —le contestó Pesia-Mindl sin sacar los ojos del libro—, si es que se lo acepta, viejo mentiroso, porque él ya está fuerte como un ruso y quiere solamente la leche de su mamita. Pero esa anda por sus canteras, toma té con los judíos en la taberna El Oso, compra productos de contrabando en el puerto y piensa tanto en su hijo como en la nieve del año pasado.

—Entonces —se dijo a sí mismo el pequeño intermediario—, estás en las manos del faraón Tsudechkis.

Tsudechkis se acercó a la pared que daba al este, musitó la oración matutina completa y luego alzó al bebé, que seguía llorando. Davidito lo miró sorprendido y agitó sus piernitas rosadas y bañadas con sudor de bebé; entonces, el viejo comenzó a pasearse por la habitación y, balanceándose como un tsadik al rezar, entonó una canción interminable.

—A-a-a —cantaba—, a los otros niños les damos chirlos, pero a Davidito le damos caramelos para que duerma rico de día y de noche... A-a-a, a los otros niños...

Tsudechkis le mostró al hijo de Liubka su puño con vello canoso y repitió la canción una y otra vez hasta que el niño se durmió. El

sol, que temblaba como una mosca agotada por el calor, había alcanzado el centro del cielo majestuoso. Los campesinos salvajes de Nerubaisk y Tatarka, que habían parado en la posada de Liubka, se metieron debajo de los carros y se entregaron a un sueño bruto y profundo. Un carpintero borracho salió hacia el portón y, después de tirar el cepillo y la sierra, se derrumbó en el suelo y comenzó a roncar como si estuviera en el centro del mundo, rodeado de moscas doradas y de los rayos celestes de julio. No muy lejos de ahí, en la sombrita, se sentaron los colonos alemanes de rostros arrugados, que le habían traído a Liubka vino de la frontera de Besarabia. Encendieron unas pipas y el humo que salía de sus chibuquíes curvos se perdía en el vello plateado de sus viejas mejillas sin afeitar. El sol colgaba del cielo como si fuera la lengua rosada de un perro sediento, el mar titánico rodaba a lo lejos sobre Peresyp y los mástiles de los barcos distantes se agitaban sobre el agua esmeraldina del golfo de Odessa. El día paseaba sentado en una barca decorada que se acercaba hacia el encuentro del atardecer; recién a las cinco, Liubka volvió de la ciudad. Llegó en una yegüita panzona y de crin larga. Un joven de piernas gruesas y camisa le abrió el portón, Yevzel le sostuvo la yegua por la brida y en ese momento Tsudechkis gritó desde su prisión:

—¡Buenas tardes, señora Schneiveis! ¿Cómo anda usted? Se borró por tres años y me dejó a mí con un bebé en brazos.

—¡Cierre el pico! —dijo y se bajó del caballo—. ¿Quién es el que grita desde mi ventana?

—Tsudechkis, ese perro viejo —le contestó el veterano condecorado y le empezó a contar toda la historia con el hacendado, pero no pudo terminar, porque Tsudechkis lo interrumpió chillando con todas sus fuerzas.

—¡Qué vergüenza! —gritó y tiró su kipá al piso—. Qué vergüenza dejar en brazos de otro a su bebé y perderse por tres años... ¡Venga a darle la teta!

—Ahí voy con vos, estafador —murmuró Liubka y corrió hacia la escalera. Entró a la habitación y sacó una teta de la blusa llena de tierra. El niño estiró la cabeza, le mordisqueó el monstruoso

pezón, pero no obtuvo leche. A la madre se le hinchó una vena en la frente, entonces Tsudechkis le dijo sacudiendo su kipá:

—Usted es una avara, Liubka, quiere tenerlo todo, se agarra del mundo como los niños se agarran del mantel cubierto de migas de pan. Quiere tener el primer trigo, la primera uva y quiere cocinar el pan blanco bajo los rayos del sol mientras su criatura, un bebito como una estrellita, se está muriendo sin leche...

—¡Pero qué leche —gritó la mujer apretándose el pecho—, si hoy al puerto llegó el Plutarco y tuve que hacer quince verstas bajo el sol! ¿Y usted qué habla tanto, viejo judío? Mejor pague los seis rublos que debe...

Pero Tsudechkis tampoco pagó esta vez. Se desabrochó la manga, desnudó el brazo y metió su codo sucio y huesudo en la boca de Liubka.

—Tragate esto, desgraciada —dijo y tiró una escupida al rincón.

Liubka tuvo el codo ajeno en su boca un instante, se lo sacó, cerró la puerta con llave y se fue al patio. Ahí ya la esperaba *mister* Trottyburn, una columna de carne colorada. *Mister* Trottyburn era el mecánico superior del Plutarco y había venido a lo de Liubka con dos marineros. Uno de ellos era inglés y el otro, malayo. Los tres llevaron al patio el contrabando traído de Port Said. El cajón era tan pesado que al dejarlo caer al suelo se abrió y aparecieron habanos enredados en seda japonesa. Unas cuantas mujeres se acercaron al cajón y dos gitanas recién llegadas empezaron a meterse de costado empujando y haciendo lío.

—¡Fuera, metidas! —gritó Liubka y se llevó a los marineros a la sombra de una acacia. Se sentaron a la mesa que había ahí, Yevzel les sirvió vino y *mister* Trottyburn mostró su mercadería. Sacó del montón habanos y sedas finas, cocaína y limas, tabaco sin precintar del estado de Virginia y vino tinto comprado en la isla de Quíos. Cada producto recibió su precio y cada cifra se acompañó con vino de Besarabia, que olía a sol y a chinches. El crepúsculo se desparramó por el patio. Se desparramó como una ola nocturna sobre un río ancho y el malayo, borracho y sorprendido, le tocó un pecho a Liubka con un dedo. Primero con un solo

dedo y luego con los cinco apoyando uno tras otro.

Sus ojos amarillos y tiernos colgaban sobre la mesa como si fueran lámparas de papel en una calle de China. Comenzó a cantar muy bajito, pero se cayó al suelo cuando Liubka lo empujó con el puño.

—Pero mire qué correcto —dijo Liubka a *mister* Trottyburn—, este malayo me va a sacar la poca leche que me queda y el otro judío casi me mata por esa leche.

Y señaló a Tsudechkis, que estaba parado en la ventana lavando sus medias. En la habitación había una pequeña lámpara encendida y la fuente de Tsudechkis se llenaba de espuma y burbujeaba. Como sintió que hablaban de él, se asomó por la ventana y gritó desolado.

—¡Ayudenmé! —gritó agitando los brazos.

—¡Cierre el pico! —dijo riéndose Liubka—. ¡Basta!

Le tiró una piedra al viejo, pero no le pegó. Entonces la mujer agarró una botella de vino vacía, pero *mister* Trottyburn, el mecánico superior, se la sacó, apuntó y la embocó en la ventana abierta.

—*Miss* Liubka —dijo el mecánico superior parándose y acomodando sus piernas borrachas—, hay mucha gente distinguida que me viene a comprar, pero yo no les vendo nada ni a *mister* Kuninson, ni a *mister* Bats, ni a *mister* Kupchik, ni a nadie más que a usted, porque a mí me agrada hablar con usted, *miss* Liubka...

Y ya parado con más seguridad sobre sus piernas temblorosas, agarró de los hombros a sus marineros, al inglés y al malayo, y comenzaron a bailar en el patio. Se estaba poniendo fresco. Los tres hombres del Plutarco bailaban en profundo silencio. La estrella anaranjada, que había alcanzado el borde del horizonte, los miraba con sus ojos bien abiertos. Luego, cobraron el dinero, se tomaron de la mano y salieron a la calle balanceándose como se balancean las lámparas en los barcos. Desde la calle veían el mar, el agua negra del golfo de Odessa, las banderas, que parecían de juguete, sobre los mástiles sumergidos y las luces penetrantes encendidas en las vastas entrañas del golfo. Liubka acompañó a los bailarines hasta la esquina y se quedó

sola en la calle vacía, se rió de sus pensamientos y volvió a su casa. El joven de piernas gruesas y camisa, medio dormido, cerró el portón detrás de ella; Yevzel le entregó a la dueña la ganancia del día y ella se fue a dormir a su habitación. Ahí ya dormitaba Pesia-Mindl, la comadre, mientras Tsudechkis mecía con sus pies pequeños y desnudos la cuna de roble del bebé.

—Qué hartos que nos tiene, Liubka caradura —le dijo y alzó al bebé de la cuna—. Miremé y aprenda, mala madre...

Acercó un peine fino al pecho de Liubka y acostó al hijo en su cama. El bebé se estiró hacia la madre, se pinchó con el peine y se largó a llorar. Entonces el viejo le dio el chupete, pero Davidito no lo quiso.

—¿Qué quiere hacer, viejo zorro? —balbuceó Liubka durmiéndose.

—¡Pero callesé, mala madre! —le contestó Tsudechkis—. Callesé y aprenda de una buena vez...

El niño se volvió a pinchar con el peine y, medio indeciso, aceptó el chupete.

—Ahí lo tiene —dijo Tsudechkis y se rió—, ahora acepta el chupete. Aprenda de una buena vez...

Davidito estaba feliz en su cuna con el chupete en la boca. Le chorreaba saliva del placer. Liubka se despertó, abrió los ojos y los volvió a cerrar. Vio a su hijo y vio la luna que entraba por la ventana dando saltos entre las nubes negras como si fuera un ternero perdido.

—Está bien —dijo entonces Liubka—. Pesia-Mindl, abrile la puerta a Tsudechkis y que venga mañana a buscar medio kilo de tabaco americano...

Al día siguiente, Tsudechkis vino a buscar el tabaco sin precintar del estado de Virginia. Le dieron eso y además un cuarto de té. A la semana siguiente, cuando fui a comprarle unas palomas a Yevzel, vi al nuevo encargado en el patio de Liubka. Era petisito como nuestro rabino Ben Zajaria. Era Tsudechkis. Trabajó en el puesto quince años y durante ese tiempo me he enterado de muchas historias interesantes que, si me sale, voy a contarlas una por una.

Justicia entre comillas

En primer lugar me tocó tratar con Benia Krik; en segundo lugar, con Liubka Schneiveis. ¿Pueden comprender estas palabras, captar mínimamente su sentido? En ese camino hacia la muerte me faltaba encontrar a Serguei Utochkin (el famoso aviador ruso y dueño de uno de los primeros autos en Odessa; si te lo cruzabas en la calle podías terminar abajo del auto). Por suerte no me lo encontré esa vez, por eso estoy vivo ahora. Se levantará sobre la ciudad como un monumento de cobre, él, Utochkin, colorado y de ojos grises, y todo el mundo habrá de pasar por entre sus piernas de cobre... Pero no hace falta desviar la historia hacia calles laterales, por más que allí florezca la acacia y madure el castaño. Primero hablemos de Benia, después de Liubka Schneiveis y ahí terminemos para que todos puedan decir: el punto está donde tiene que estar.

Me convertí en intermediario comercial en Odessa, lo que me sobrecargó de preocupaciones y me hizo vivir a las corridas. Un destino así me hacía sentirme infeliz. ¿Por qué? Por la competencia, si no, ni me hubiera fijado en Justicia. Yo no tengo oficio. Delante de mí solo tengo aire. Un aire hermoso que brilla como el mar bajo el sol, pero vacío. Mis corridas tienen una causa: el hambre. O más bien tienen siete causas, y mi esposa es la octava. Yo no me había fijado en Justicia, ella se fijó en mí. ¿Por qué? Por la competencia.

De la cooperativa que se llamaba Justicia no se puede decir nada malo. El que lo haga es un pecador. Los dueños eran seis socios expertos en lo suyo. El negocio estaba lleno de mercadería y en el puesto de guardia pusieron al Motia de la Golovkovskaia. ¿Qué más se puede pedir? Con eso creo que sobra. El trabajo me lo ofreció el contador de Justicia. Un trabajo limpio, un trabajo seguro, un trabajo tranquilo.

Me cepillé bien limpio el cuerpo y se lo mandé a Benia. El Rey se hacía el distraído. Tosí y le dije:

—Así es la cosa, Benia.

El Rey masticaba algo. Una jarra de vidrio con vodka, un cigarro bien gordo y una mujer con pancita de siete u ocho meses, más o menos. En la terraza, mucho verde y uvas silvestres.

—¿Cuándo? —me pregunta.

—Ya que le interesa saber lo que pienso —contesté—, me parece mejor que sea de sábado a domingo. Además, de guardia está el Motia de la Golovkovskaia. También podría ser un día de semana, pero ¿para qué hacer un lío de algo que puede ser sencillo?

Esa era mi opinión y la mujer del Rey me dio la razón.

—Chiquita —le dijo entonces Benia—, prefiero que te tirés a descansar en el sofá.

Luego, con un movimiento lento de sus dedos, sacó la etiqueta dorada del habano y miró a Froim Shtern.

—Decime, Grajo, ¿estamos ocupados el sábado o no estamos ocupados el sábado?

Froim es un hombre misterioso, un colorado con un solo ojo al que le cuesta hablar de corazón.

—El sábado —dijo— usted quedó en pasar por la Sociedad de Crédito Mutuo.

El Grajo, haciéndose el que no tenía nada más para decir, apuntó despreocupadamente su único ojo al rincón más lejano de la terraza.

—Perfecto —agregó Benia—, el sábado haceme acordar de lo de Tsudechkis. Anotateló, Grajo. Vaya ahora con su familia, Tsudechkis, que el sábado a la tardecita, con toda seguridad, paso por Justicia. Vaya saliendo y llévese mis palabras.

El Rey es amable pero habla poco. Eso asusta tanto a la gente que nunca se anima a hacerle preguntas. Salí del patio, me fui por la Gospitalnaia, doblé en la Stenovaia y me frené para analizar las palabras de Benia. Las palpé, las pesé, las tuve entre los dientes y me di cuenta de que no eran las palabras que yo necesitaba. «Con toda seguridad», había dicho el Rey, mientras sacaba la etiqueta dorada del habano. El Rey es amable, pero habla poco. ¿Quién puede realmente entender lo que dice? ¿Con

toda seguridad paso... o con toda seguridad no paso? Entre un sí y un no había cinco mil de comisión. Sin contar las dos vacas que tenía para consumo propio, éramos nueve bocas que queríamos comer. ¿Quién me mandaba a arriesgarme? ¿El contador de Justicia no habría ido quizás a lo de Bunselman después de salir de mi casa? A su vez, ¿Bunselman no habría ido quizás a lo de Kolia Shtift, ese muchacho tan calentón? Las palabras del Rey cayeron con peso muerto donde deambulaba el hambre multiplicada por nueve cabezas. Al final, le hice una advertencia en voz baja a Bunselman, que estaba entrando a ver a Kolia en el momento en que yo iba saliendo. Hacía mucho calor. Bunselman estaba todo transpirado.

—No se meta, Bunselman —le dije—, usted se apura sin razón y por eso transpira tanto. Acá como yo. Como dicen los alemanes: *und damit Punktum*.

Pasaron cinco días. Pasaron seis. El sábado se paseó por las calles de la Moldavanka. Yo dormía en mi cama; en Justicia, Motia ya estaba en su puesto y Kolia ya había cargado medio carro y quería seguir hasta llenarlo. En ese momento, en el callejón se oyó un estruendo de ruedas de hierro. El Motia de la Golovkovskaia se agarró del poste telefónico y preguntó:

—¿Ahora se cae?

El poste se podía caer, si era necesario. Kolia contestó:

—Todavía no.

El carro entró al callejón y se acercó a la cooperativa. Kolia se dio cuenta de que había llegado la policía y sintió que el corazón se le partía en mil pedazos, porque le daba pena dejar su trabajo sin terminar.

—Motia —dijo—, que el poste se caiga cuando yo dispare.

—Cómo no —contestó Motia.

Shtift volvió al negocio y todos sus ayudantes lo siguieron. Se ubicaron a lo largo de la pared y sacaron sus armas. Diez ojos y cinco revólveres apuntaron a la puerta, sin contar el poste a punto de caerse. Los muchachos estaban impacientes.

—Apurensé que vienen los canas —dijo alguien ansioso en voz baja—, apurensé que se arma.

—Silencio —ordenó Benia Krik saltando del entrepiso—. ¿Dónde ves a la policía, bestia? Soy yo, el Rey.

Por poco no ocurrió una desgracia. Benia empujó a Shtift y le sacó el arma. Del entrepiso empezaron a caer hombres como lluvia. Estaba tan oscuro que no se entendía nada.

—¡Pero mirá vos! —gritó Kolia—. Así que Benia me quiere liquidar, pero qué interesante...

Esa fue la primera vez que al Rey lo confundieron con un policía, lo que provocó mucha risa. Los bandidos prendieron sus linternas y se largaron a reír a carcajadas. Rodaban por el piso asfixiándose de la risa y con dolor de panza. El único que no se reía era el Rey.

—Ahora en Odessa van a decir —empezó con tono serio—, ahora en Odessa van a decir: el Rey se tentó con la plata de un compañero.

—Lo irán a decir una sola vez, porque nadie se animaría a repetirlo —le contestó Shtift.

—Kolia —continuó el Rey con voz solemne y profunda—, ¿vos me creés?

Entonces los bandidos dejaron de reírse. Seguían con sus linternas en mano, pero la risa había abandonado la cooperativa Justicia.

—¿Qué te tengo que creer, Rey?

—¿Me creés si te digo que no tengo nada que ver?

Y ese rey apaciguado se sentó en una silla, se tapó los ojos con la manga llena de polvo y se largó a llorar. Así de orgulloso era este hombre, qué lo parió. Y todos los bandidos, todos los que estaban ahí, vieron cómo lloraba su rey por el orgullo ofendido.

Luego, Benia y Shtift se pararon frente a frente, se pidieron disculpas y se besaron en los labios, mientras cada uno le sacudía la mano al otro con tanta fuerza como si se la quisiera arrancar.

La madrugada ya había comenzado a parpadear con sus ojos somnolientos, Motia ya había vuelto a ocupar su puesto de trabajo, dos carros llenos ya se habían llevado lo que alguna vez fuera la cooperativa Justicia. Mientras tanto, el Rey y Kolia se

seguían dando explicaciones, despidiéndose y con los brazos en el cuello del otro se abrazaban tiernamente como dos borrachos. ¿Pero a quién buscaba el destino esa mañana? Me buscaba a mí, Tsudechkis, y me encontró.

—Kolia —preguntó finalmente el Rey—, ¿quién te habló de Justicia?

—Tsudechkis. ¿Y a vos?

—También Tsudechkis.

—Benia —dijo entonces Kolia levantando la voz—, ¿lo vamos a dejar vivo?

—Por supuesto que no —dijo Benia en dirección al Tuerto Shtern, que estaba parado por ahí con una sonrisa burlona, porque es mi enemigo—. Froim, encargá un cajón lustroso mientras yo voy a lo de Tsudechkis. Y vos, Kolia, terminá con lo que empezaste y te pido, por favor, de parte mía y de mi esposa, que nos hagás una visita a la mañana para picar algo con los míos.

Alrededor de las cuatro o cinco de la mañana, o quizás antes, el Rey entró a mi dormitorio y, sin que le temblaran las manos, me agarró de la espalda, me sacó de la cama, me acostó sobre el piso y puso su pie sobre mi nariz. Al oír los ruidos, mi esposa saltó de la cama y le preguntó a Benia:

—Señor Krik, ¿por qué está tan enojado con mi Tsudechkis?

—¿Cómo por qué? —contestó Benia sin sacar el pie de mi tabique y dejando caer unas lágrimas de sus ojos—. Porque manchó mi nombre y me humilló delante de mis compañeros. Se puede despedir de él, señora Tsudechkis, porque el honor me importa más que la felicidad y por eso su marido no puede quedar vivo.

Mientras seguía lagrimeando, me pisoteaba con los dos pies. Mi esposa notó que yo estaba muy preocupado y empezó a gritar. Empezó a las cinco y media y terminó a eso de las ocho. Se la hizo difícil, ¡se la hizo muy difícil! ¡Qué bien que estuvo!

—¿Por qué enojarse así con mi Tsudechkis? —gritaba parada en la cama mientras yo, frunciéndome en el piso, la miraba con admiración—. ¿Por qué lastimar así a mi Tsudechkis? ¿Porque

quería alimentar a sus siete pichones hambrientos? Usted es un hombre importante, es el Rey, el yerno de un ricachón, el hijo de un ricachón y usted mismo ya es un ricachón. Todas las puertas están abiertas para usted. ¿Qué le hace una mala sabiendo que la próxima semana va a tener siete buenas? ¡No le pegue a mi Tsudechkis! ¡Ni se le ocurra!

Me salvó la vida.

Cuando se despertaron los niños, empezaron a gritar con mi esposa. Así y todo, Benia me quitó la salud que se había propuesto quitarme. Dejó doscientos rublos para el médico y se fue. Me llevaron al hospital judío. El domingo me estaba muriendo, el lunes me sentía mejor y el martes tuve una crisis.

Esta fue mi primera historia. ¿Quién es el culpable y por qué? ¿Benia es culpable? Pero no seamos ciegos, como Benia, el Rey, no hay otro igual. Lucha contra la mentira en busca de la justicia; la que es entre comillas y la que no. Otros son inconmovibles, como el jolodets*; no les gusta buscarla y no piensan buscarla, y esto es peor.

Me recuperé para pasarme de las manos de Benia a las de Liubka, pero primero hablemos de Benia, después de Liubka Schneiveis y ahí terminemos para que todos puedan decir: el punto está donde tiene que estar.

* Gelatina muy consistente hecha a base de pata de res.

Atardecer

Un día, Liovka, el más chico de los Krik, vio a la hija de Liubka, Tabl, que en ídish significa «palomita». La vio, y se fue de su casa por tres días. El polvo de las calles y los geranios en las ventanas ajenas le daban consuelo. Volvió a los tres días y encontró a su padre cenando en el jardín; la señora Gorobchik estaba sentada al lado de su marido, mirando para todos lados como si hubiese matado a alguien.

—Salí de acá, mal hijo —dijo Krik padre cuando vio a Liovka.

—Viejo —dijo Liovka—, afine los oídos porque le quiero decir algo importante.

—¿Qué pasa?

—Hay una chica —dijo el hijo—. Tiene el pelo rubio. Se llama Tabl, que en ídish significa «palomita». La chica me gusta.

—Te gusta una cualquiera —dijo Krik padre—, que es hija de la dueña de un burdel.

Después de escuchar las palabras de su padre, Liovka se arremangó y levantó la mano irreverentemente, pero la señora Gorobchik pegó un salto y se metió en el medio.

—¡Mendel! —chilló la señora—. ¡Pegale a este desgraciado que me comió once albóndigas!

—¡Le comiste once albóndigas a tu madre! —gritó Mendel y trató de agarrar al hijo, pero este se escabulló y se fue corriendo a la calle; su hermano mayor, Benchik, lo siguió. Dieron vueltas por las calles hasta la noche, hinchándose de venganza como si estuviesen hechos de levadura, hasta que Liovka le dijo a su hermano Benia, que estaba destinado en unos meses a ser el Rey Benia:

—Benchik —dijo—, esto lo vamos a resolver nosotros solos, y ahí la gente va a venir a besarnos los pies. Saquemonós de encima al viejo, al que ya nadie en la Moldavanka le dice Mendel Krik, sino Mendel Pogromo. Lo tenemos que liquidar ahora porque no podemos seguir viviendo así.

—Todavía no —contestó Benchik—, pero el tiempo corre. Tenés que escuchar sus pasos y hacerte a un lado para que siga su camino, Liovka.

Entonces Liovka se hizo a un lado y dejó que el tiempo siguiera su camino. El tiempo, eterno cobrador, siguió su camino y se encontró con Dvoira, la hermana del Rey, el carrero Manasse y Maria Yevtushenko, una muchacha rusa.

Hace diez años yo conocía hombres que querían estar con Dvoira, la hija de Mendel Pogromo, pero ahora tiene la papada hinchada y los ojos se le salen de las órbitas. Ya nadie quiere estar con Dvoira; aunque hace poco apareció un viudo entrado en años que tenía hijas adultas. Le hacía falta un carro que pudiera transportar media tonelada y un par de caballos. Dvoira se enteró de esto, lavó su vestido verde y lo colgó en el patio para que se secara. Tenía pensado ir a ver al viudo para saber cuán mayor era, qué caballos quería y si era posible conquistarlo. No, Krik padre no quería viudos; se llevó el vestido, lo escondió en su carro y se fue a trabajar. Dvoira había preparado la plancha para el vestido, pero no lo encontró. Entonces le dio un ataque y se desplomó en el piso. Los hermanos la arrastraron hacia una canilla y la empaparon. ¿Se dan cuenta de lo que puede provocar un padre al que le dicen Pogromo cuando mete mano?

Ahora hablemos de Manasse, el viejo carrero, que conduce a Doncella y a Salomón el Sabio. Desafortunadamente, se enteró de que los caballos del viejo Butsis, del Grajo Froim y de Jaim Drong tenían herraduras de goma. Decidió seguir el ejemplo y se fue a lo de Piatirubel a ponerle herraduras de goma a Salomón el Sabio. A Manasse le gustaba mucho Salomón el Sabio, pero Krik padre le dijo:

—Yo no soy Jaim Drong ni Nicolás II como para dejar que mis caballos trabajen sobre goma.

Dicho esto, agarró a Manasse del cuello, lo subió a su carro y salieron del patio. Manasse iba colgado del brazo del viejo como de la soga de una horca. El atardecer espeso se cocinaba en el cielo como un dulce de frutas, clamaban las campanas de la iglesia Alekseievskaia, el sol se iba poniendo detrás de Blizhnie

Melnitsy y Liovka, el hijo del patrón, iba detrás del carro como perro siguiendo a su dueño. Un montón de gente iba corriendo detrás de los Krik como detrás de una ambulancia; Manasse seguía colgado del brazo de hierro.

—Viejo —dijo entonces Liovka a su padre—, ese brazo extendido me está oprimiendo el corazón. ¡Suelteló, dejeló que ruede por la tierra!

Pero Mendel Krik ni siquiera se dio vuelta. Los caballos iban al galope, las ruedas del carro tronaban y la gente se sentía como en el circo. El carro salió a la calle Dalnitskaia en dirección a la herrería de Ivan Piatirubel. Mendel iba restregando al carrero Manasse a lo largo del muro y finalmente lo tiró sobre un montón de hierro en la herrería. Liovka fue a buscar un balde de agua y lo empapó a Manasse, el viejo carrero. ¿Ahora se dan cuenta de lo que puede provocar Mendel, el padre de los Krik, al que le dicen Pogromo, cuando mete mano?

—El tiempo corre —dijo una vez Benchik y su hermano, Liovka, se hizo a un lado y dejó que el tiempo siguiera su camino. Y esperó hasta que apareció Marusia Yevtushenko.

—Apareció Marusia —cuchicheaba la gente, pero Krik padre se reía de todos.

—Apareció Marusia —decía él y se reía como un niño—, tiembla Israel. Pero ¿quién es esa Marusia?

En ese momento Benchik salió del establo y apoyó la mano sobre el hombro de su padre.

—A mí me encantan las mujeres —dijo Benchik con seriedad y le dio a su padre 25 rublos, porque quería que la «limpieza» la hiciera un médico en un hospital y no en la casa de Marusia.

—Le voy a dar esa plata —dijo el padre—, y que se haga la limpieza, porque si no, ya me estoy viendo en el cajón.

A la mañana siguiente, a la hora de siempre, salió con Bandido y Amable Esposa. A la hora del almuerzo, en el patio de los Krik apareció Marusia Yevtushenko.

—Benchik —dijo—, yo te amaba, desgraciado.

Y le arrojó en la cara diez rublos. Dos billetes de cinco nunca fueron más que uno de diez.

—Liquidemos al viejo —dijo entonces Benchik a su fiel hermano Liovka, y se sentaron en el banquito al lado del portón. Junto a ellos se sentó Semion, un muchachito de siete años, hijo del portero Anisim. ¿Quién hubiese dicho que semejante criatura ya sabía querer y odiar? ¿Quién sabía que quería a Mendel Krik? Y lo quería mucho.

Ahí sentados, los hermanos sacaron la cuenta de la edad que podría tener su padre y de las deudas que venía arrastrando en esos sesenta años de vida; Semion seguía al lado. En ese momento del día el sol todavía no alcanzaba Blizhnie Melnitsy, se derramaba entre las nubes como la sangre de un jabalí recién carneado y en las calles se sentía cómo retumbaban los carros del viejo Butsis en su vuelta a casa luego de la jornada laboral. Las vaqueras estaban ordeñando las vacas por tercera vez y las empleadas de la señora Parabelum le dejaban los baldes de la leche vespertina en la escalera de entrada a su casa, mientras ella aplaudía desde ahí.

—¡Mujeres —gritaba—, las mías y las demás, Berta Ivanovna, heladeros y lecheros! ¡Vengan a buscar su leche de la tarde!

Berta Ivanovna, la profesora de alemán que cobraba dos cuartos de leche por clase, fue la primera en buscar su porción. Le siguió Dvoira Krik, que quería ver cuánta agua y cuánto sodio le había agregado a la leche la señora Parabelum, pero Benchik la distrajo.

—Esta tarde —dijo—, si ves que el viejo nos está matando, acercate sin que se dé cuenta y rompele la cabeza con el colador. Y que se acabe la empresa Mendel Krik e Hijos.

—En buena hora, amén —contestó Dvoira y salió a la calle. Vio que Semion, el hijo de Anisim, ya no estaba en el patio y que toda la Moldavanka se estaba acercando a la casa de los Krik. La gente venía de a montones como si se hubiese armado una pelea; venía como a la plaza de la feria el segundo día de Pésaj. Ivan Piatirubel traía a su nuera embarazada y a sus nietos. El viejo Butsis, a su sobrina de Kamenets-Podolsk, que había venido a

la costa. Tabl apareció con un ruso; iba apoyada en su brazo y jugueteaba con la cinta que colgaba de su trenza. Liubka fue la última en llegar en un potrillo medio enclenque. El Grajo Froim, tuerto, colorado como el óxido y vestido con una campera de lona, era el único que venía solo.

Todos se pusieron cómodos en el jardín y sacaron la comida y bebida que habían traído. Los hombres se descalzaron, mandaron a los niños a comprar cerveza y recostaron las cabezas sobre los vientres de sus mujeres. Entonces Liovka le dijo a su hermano Benchik:

—Mendel Pogromo es nuestro padre —dijo—, la señora Gorobchik es nuestra madre y los demás son unos perros, Benchik. Trabajamos para los perros.

—Hay que pensar... —contestó Benchik, pero cuando estaba por terminar la frase estalló el trueno en la Golovkovskaia. El sol salió volando para arriba y comenzó a girar como un cáliz de cobre sobre la punta de una lanza. El carro del viejo se dirigía hacia el portón a toda velocidad. Amable Esposa ya estaba sin aliento, Bandido se salía de la brida. El viejo tiró de las riendas y agitó el látigo sobre los caballos desquiciados. Iba canturreando con la voz borracha, sus piernas separadas parecían enormes y la transpiración hervía en su rostro carmesí. En ese momento, Semion, el hijo de Anisim, se deslizó entre las piernas de alguien como una serpiente, salió a la calle y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Pegue la vuelta, señor Krik, que sus hijos lo quieren cascar!

Pero ya era tarde. El padre entró al patio volando en sus caballos exhaustos. Levantó el látigo, abrió la boca y... se quedó mudo. La gente, muy cómoda en el jardín, lo miraba con los ojos desorbitados. Benchik se ubicó a la izquierda, al lado del palomar, y Liovka a la derecha, al lado de la portería.

—¡Señores! —dijo de forma apenas audible Mendel Krik, y bajó el látigo—. Aquí tienen a mi propia sangre levantando su mano contra mí.

Y apenas se bajó del carro, el viejo se tiró encima de Benia y le rompió el tabique de un puñetazo. Entonces se sumó Liovka e hizo lo que pudo; le barajó la cara a su padre como si fuese un

juego de naipes nuevo. Pero el viejo estaba forrado con la piel del diablo y las costuras de esa piel eran de hierro fundido. El viejo le dislocó los brazos a Liovka y lo tiró al suelo al lado del hermano. Se sentó encima del pecho de Liovka y las mujeres se taparon los ojos para no ver el rostro del viejo cubierto de sangre y su boca sin dientes. En ese instante, los habitantes de la extraordinaria Moldavanka sintieron los pasos rápidos y la voz de Dvoira:

—Por Liovka —dijo—, por Benchik, por mí, Dvoira, y por toda la gente —y le partió la cabeza de un golpe con el colador.

Le gente se levantó y se les acercó gesticulando con los brazos. Arrastraron al viejo hacia una canilla, como una vez lo hicieron con Dvoira, y dejaron correr el agua. La sangre corría por el desagüe como el agua y el agua corría como la sangre. La señora Gorobchik se metió de costado entre el montón de gente dando saltitos como si fuese un gorrión.

—No te quedés callado, Mendel —dijo susurrando—, decí algo, Mendel...

Pero al oír el silencio en el patio y ver que el viejo recién había llegado del trabajo, que los caballos no estaban desenganchados y que nadie se estaba ocupando de echarles agua a las ruedas recalentadas, se largó corriendo del patio como perro en tres patas. Entonces se acercaron los señores más distinguidos. Krik padre yacía con la barba hacia arriba.

—*Kaputt* —dijo el Grajo Froim y se dio vuelta.

—Murió —dijo Jaim Drong, pero el herrero Ivan Piatirubel le agitó el dedo índice delante de sus narices.

—Tres contra uno —dijo Piatirubel—, una vergüenza para toda la Moldavanka, pero esto no se termina acá. Todavía no he visto a alguien que pueda acabar con el viejo Krik...

—Esto se termina acá —interrumpió Arie-Leib, que apareció de la nada—. Ya es tarde, Ivan Piatirubel. No digas «sí», ruso, cuando la vida te susurra un «no».

Arie-Leib se acomodó al lado del viejo, le limpió la boca con un pañuelo, lo besó en la frente y le contó sobre David, el rey de los judíos, que tuvo muchas mujeres, muchas tierras y muchos

tesoros, pero que sabía llorar cuando había que llorar.

—¡Dejá de aullar, Arie-Leib! —le gritó Jaim Drong y empezó a darle empujones por la espalda al viejo—. ¡No empecés con la misa que no estás en el cementerio!

Jaim Drong lo miró a Krik padre y le dijo:

—Levantate, carrero viejo, enjuagate la garganta y soltá alguna guarangada de las que vos sabés decir, viejo asqueroso. Preparate un par de carros para mañana que tengo que cargar escombros...

Todos estaban atentos a la reacción de Mendel, pero el viejo permaneció callado un rato largo, después abrió los ojos y la boca pegoteada con barro y pelos y entre los labios le empezó a salir sangre.

—No tengo carros —dijo Krik padre—, mis hijos me han liquidado. Ahora los dueños son ellos.

Pero no era como para envidiar a los que se tenían que hacer cargo de la herencia amarga de Mendel Krik. No era como para envidiarlos, porque el alimento en el establo estaba podrido hacía rato, a la mitad de las ruedas había que cambiarles las cubiertas, el cartel de arriba del portón estaba arruinado y no se podía leer ni una palabra, y hasta los últimos calzones de los carreros estaban gastados. La mitad de la ciudad estaba en deuda con Mendel Krik, pero sus caballos, buscando avena en los comederos, habían hecho desaparecer de tanto lamer los números escritos con tiza sobre la pared. Todo el día iban campesinos a visitar a los herederos desconcertados y les pedían dinero para la paja y la cebada. Todo el día los visitaban mujeres que iban a recuperar anillos de oro y samovares niquelados empeñados. La paz había abandonado la casa de los Krik, pero Benia, que estaba destinado en unos meses a ser el Rey Benia, no se rindió y encargó un cartel nuevo con la leyenda «Empresa de Transportes Mendel Krik e Hijos», que debía estar escrita con letras doradas sobre un fondo celeste y adornada con herraduras bañadas en cobre. También compró un rollo de terliz a rayas para la ropa interior de los cocheros y madera de primera para la reparación

de los carros. Contrató a Piatirubel por una semana entera e hizo recibos para cada cliente. A la tarde del día siguiente, sepan esto, estaba más cansado que si hubiese viajado quince veces del Puerto de las Sandías a la estación ferrovial Odessa Tovarnaia. Y en su casa, sepan esto también, no encontró ni una miga de pan, ni un plato limpio. Ahora traten de comprender cuán encarnada estaba la barbarie en la señora Gorobchik. Los pisos en las habitaciones estaban sin barrer y el riquísimo jolodets de ternera se lo habían tirado a los perros. La señora Gorobchik estaba plantada al lado de la cama de su marido como un cuervo sobre una rama en otoño bañado en agua sucia.

—No les saqués los ojos de encima —le dijo Benchik a su hermano menor—, tenelos bajo la lupa, porque me parece, Liovka, que la parejita de recién casados está planeando algo contra nosotros.

Así le dijo a Liovka su hermano Benchik, que con los ojos del Rey Benia podía ver en el interior de la gente, pero el muchacho no le creyó y se fue a dormir. Su padre ya estaba roncando sobre las tablas de madera y la señora Gorobchik se movía de un costado al otro. Escupía contra la pared, escupía contra el piso; su carácter no la dejaba dormir. Pero al final se durmió. Más allá de la ventana se desparramaban estrellas como soldados en retirada, estrellas verdes sobre campo azul. Al frente, en diagonal, el gramófono de Petka había comenzado a tocar canciones judías, pero después de un rato el gramófono también se calló. La noche estaba haciendo lo suyo y un aire delicioso entraba por la ventana de Liovka, el menor de los Krik. A Liovka le encantaba. Estaba acostado, dormitando, respirando el airecito, jugueteando con él. Lo inundaba una dicha deliciosa, y así fue hasta que de la cama del padre se oyeron susurros y chirridos. Entonces el muchacho cerró los ojos y agudizó el oído. Krik padre levantó la cabeza como rata olfateando y se bajó de la cama. Sacó de abajo de la almohada un bolsito con algún dinero y cargó sus botas en el hombro. Liovka lo dejó ir porque sabía que ese perro viejo no tenía adónde escapar. Después, el muchacho salió a seguir al

padre y vio que del otro lado del patio, pegado a la pared, se le estaba acercando Benchik. El viejo, sin hacer ningún ruido, llegó hasta los carros, metió la cabeza en el establo, llamó a los caballos con un silbido y estos se acercaron para frotar sus hocicos contra la cabeza de Mendel. En el patio, la noche estaba plena de estrellas, de aire azul y de silencio.

—Shh… —insinuó Liovka con un dedo en los labios y Benchik, que se acercaba del otro lado del patio, repitió el gesto.

Krik padre les había silbado a los caballos como si fuesen niños; después, se fue corriendo entre los carros y se dirigió hacia la salida.

—Anisim —dijo en voz baja y golpeó la ventana de la portería—, Anisim, querido, abrime el portón.

Anisim salió de la portería todo revoltoso como el heno.

—Patrón —dijo—, le pido de corazón que no se rebaje así ante mí, que soy gente sencilla. Vaya a descansar, patrón…

—Me vas a abrir el portón —pronunció más bajo Krik padre—, sé que lo vas a hacer, querido...

—Andá adentro, Anisim —ordenó en ese momento Benchik, que se estaba acercando a la portería, y apoyó la mano sobre el hombro de su padre. Anisim vio entonces que el rostro de Mendel Pogromo se había puesto blanco como una hoja de papel, y se dio vuelta porque no quería ver semejante reacción de su patrón.

—No me pegués, Benchik —dijo el viejo Krik, echándose atrás—, ¿hasta cuándo van a durar las torturas a tu padre?

—Viejo, no sea miserable —contestó Benchik—, ¿cómo puede decir una cosa así?

—¡Puedo! —gritó Mendel y se golpeó la cabeza con el puño—. ¡Puedo, Benchik! —gritó con todas sus fuerzas y se tambaleó como si estuviese a punto de desmayarse—. Este es el patio en el que pasé la mitad de esta vida humana. Este patio me vio a mí como padre de mis hijos, como marido de mi mujer y como dueño de mis caballos. Vio mi éxito, mis veinte potros y mis doce carros con herrajes. Vio mis piernas invencibles como dos pilares y mis manos llenas de bronca. Ahora, hijos queridos, me abren el

portón y que hoy sea como yo quiera. Dejen que me vaya de este patio, que ya ha visto demasiado…

—Viejo —dijo Benia sin levantar los ojos—, vuelva con su mujer.

Pero no hacía falta volver con la señora Gorobchik, porque ella solita llegó corriendo hasta donde estaban, se cayó al suelo y se empezó a revolcar agitando las piernas viejas y amarillentas en el aire.

—¡Ay! —gritaba revolcándose por el suelo—. Mendel Pogromo, hijos míos, desgraciados míos... ¿Qué me han hecho, desgraciados míos? ¿Dónde están mi pelo, mi cuerpo, mis dientes? ¿Dónde está mi juventud?...

La vieja chillaba, se arrancaba el camisón de los hombros y cuando se levantó empezó a girar en el mismo lugar como perro queriéndose morder la cola. Les rasguñó los rostros a sus hijos, los besó y les pellizcó los cachetes.

—Viejo ladrón —dijo llorando la señora Gorobchik, mientras daba saltitos alrededor del marido, le toqueteaba los bigotes y se los tironeaba—, viejo ladrón, mi viejo Mendel...

Todos los vecinos se despertaron con su llanto y se juntaron en el zaguán; los niños con sus pancitas al aire soplaban unos silbatitos. La Moldavanka se amontonó alrededor del escándalo y a Benia Krik le salieron canas de la vergüenza al frente de sus vecinos. Apenas pudo hacer entrar a la pareja a la casa. Corrió a todos con un palo y los dejó pegados al portón; entonces Liovka, el menor, lo agarró del cuello y lo sacudió como a un peral.

—Benchik —dijo—, lo estamos torturando al viejo. Tengo ganas de llorar.

—¿Tenés ganas de llorar? —preguntó Benchik, juntó saliva y le tiró una escupida en la cara a Liovka—. Qué bajo de tu parte —pronunció—, sos detestable, podrías dejarme hacer en lugar de ponerme piedras en el camino.

Y Liovka lo dejó hacer. Durmió en el establo y al amanecer desapareció de la casa. El polvo de las calles y los geranios en las ventanas ajenas le daban consuelo. El muchacho se sentía muy afligido; desapareció por dos días y al tercer día, cuando

volvió, vio el cartel celeste que brillaba sobre la casa de los Krik. El cartel le tocó el corazón, los manteles de terciopelo que cubrían las mesas y la multitud de invitados que se reían en el jardín de adelante confundieron sus ojos. Dvoira, con su tocado blanco, se paseaba entre la gente. Las viejas almidonadas brillaban entre el pasto como pavas esmaltadas y los hombres, que ya estaban alegres y se habían sacado los sacos, agarraron a Liovka y lo llevaron adentro a los empujones. Ahí estaba Mendel, el mayor de los Krik, con la cara rasguñada, Usher Boiarski, el dueño de la empresa Obra Maestra, el sastre jorobado Yefim y Benia Krik; todos daban vueltas alrededor del padre lastimado.

—Yefim —dijo Usher Boiarski a su sastre—, sea tan amable de acercarse y tomarle las medidas al señor Krik para un traje de color de primera calidad. Trátelo como a uno de nuestros mejores clientes y tenga a bien hacerle un recibito indicando qué tipo de saco prefiere el señor: inglés naval cruzado, inglés común recto, de media temporada de Łódź o algo más grueso tipo moscovita...

—¿Qué saco desea hacerse? —preguntó entonces Benchik a su padre—. Digalé al señor Boiarski.

—Depende del amor que le tengás a tu padre —dijo el viejo Krik y soltó una lágrima—. El que vos quieras...

—Como mi padre no es marinero —lo interrumpió Benia—, le va a venir mejor algo para tierra firme. Preparelé primero uno como para todos los días.

El señor Boiarski se acercó a Benia y se dispuso a escuchar.

—Dígame cuál es su idea —pidió.

—Mi idea —empezó Benia— sería la siguiente: un judío que toda su vida anduvo desnudo, descalzo y sucio como un preso de Sajalín, ahora que llegó a la tercera edad, gracias a Dios, tiene que ponerle fin a esa condena eterna y dejar que el sábado sea sábado...

El Grajo Froim

En el año 1919 los muchachos de Benia Krik atacaron la retaguardia de las tropas blancas, mataron a cuchillazos a los oficiales y se quedaron con una parte del convoy. De premio le exigieron al Soviet de Odessa tres días de «insurrección pacífica», pero como no lo consiguieron se llevaron los productos de todos los puestos ubicados en la avenida Aleksandrovski. Su acción entonces pasó al plano de la Sociedad de Crédito Mutuo. Dejaban pasar a los clientes, entraban al banco y se dirigían a los empleados pidiéndoles que cargaran los bolsos con dinero y joyas en el auto que estaba esperando en la calle. Pasó un mes antes de que a esta gente la ejecutaran. Entonces, aparecieron unos cuantos que decían que el que estaba detrás de las averiguaciones y capturas era Aron Peskin, dueño de un taller. ¿Qué tipo de trabajos se hacía en ese taller? No estaba muy claro. En el departamento de Peskin había un torno, una máquina larga con un eje de plomo torcido; en el piso había aserrín desparramado y cartón para embalar.

Una vez, una mañana de primavera, un amigo de Peskin, Misha Manzanita, lo fue a visitar al taller.

—Aron —le dijo a Peskin—, el día está hermoso. En mi persona tenés a un tipo listo para ir a tomar aire y pasear por la playa en Arkadia con una botellita y algo para picar... Te puede parecer ridículo un retrato así, pero a veces me gusta dejar fluir de mi cabeza ideas como esta...

Peskin se vistió y se fue con Misha Manzanita a Arkadia en un coche descapotado. Pasearon hasta muy tarde; ya de noche, Misha entró a la habitación donde la señora Peskin estaba bañando a su hija de catorce años en una enorme palangana.

—Buenas noches —dijo Misha sacándose el sombrero—, la hemos pasado muy bien. El aire del mar es algo extraordinario, pero para hablar con su marido hay que estar preparado. Tiene un carácter muy pesado.

—Y me lo dice a mí —pronunció la señora Peskin agarrando

de los pelos a su hija y tironeándola para todos lados. ¿Y dónde anda ahora ese atorrante?

—Está descansando en el jardín.

Misha se despidió levantándose el sombrero y se fue en el coche descapotado. La señora Peskin no pudo esperar más a su marido y lo fue a buscar. Peskin estaba sentado con su sombrero panamá puesto, los codos apoyados sobre la mesa del jardín, sonriente.

—Atorrante —le dijo la esposa—, encima te reís... Tu hija me está volviendo loca con esto de que no se quiere lavar la cabeza... Andá y hablá con ella...

Peskin seguía callado y sonriente.

—¿Pero vos estás sordo? —empezó la señora Peskin, lo espió debajo del sombrero y pegó un grito.

Los vecinos que la oyeron se acercaron.

—No está vivo —les dijo la mujer—, está muerto.

Estaba equivocada. Al hombre le habían disparado dos balas en el pecho y una en el cráneo, pero seguía vivo. Lo llevaron al hospital judío. Lo operó el mismísimo doctor Zilberberg, pero Peskin no tuvo más suerte y se murió durante la operación. Esa misma noche la Cheka arrestó a un hombre que llamaban el Georgiano y a su amigo Kolia Lapidus. Uno era el cochero de Misha Manzanita, y el otro era el que había esperado el coche en Arkadia, a orillas del mar, antes de doblar por el camino que lleva a la estepa. Los ejecutaron después de un interrogatorio que no duró mucho. Misha Manzanita fue el único que pudo salir limpio. Sus rastros desaparecieron; pasaron varios días hasta que una vieja que vendía semillas de girasol en un canasto fue a ver al Grajo Froim. Tenía una ceja bien peluda de color negro carbón levantada y la otra, que apenas se notaba, caída sobre el párpado. El Grajo Froim estaba sentado cerca del establo con las piernas separadas y jugaba con su nieto Arkadi, que hacía tres años había salido del vientre poderoso de su hija Baska. El abuelo le acercó un dedo, el niño se agarró de él y empezó a balancearse como colgado de un travesaño.

—Sos una plumita... —le dijo Froim al nieto mirándolo con su único ojo.

La vieja de la ceja peluda se les acercó. Tenía puestos unos zapatos de hombre atados con cordel.

—Froim —pronunció la vieja—, te digo que esos tipos son unas bestias. No saben ni hablar. Nos tienen metidos en sótanos como perros en un pozo. No nos dejan pronunciar palabra antes de morir... Habría que triturarlos y sacarles el corazón... Te quedás mudo, Froim —agregó Misha Manzanita—, pero los muchachos esperan que vos hablés...

Misha se levantó, se pasó el canasto de una mano a la otra y se fue con su ceja negra levantada. En la plaza Alekseievskaia, cerca de la iglesia, se encontró con tres muchachitas de trenzas que paseaban tomadas de las cinturas.

—Señoritas —les dijo Misha—, no las puedo invitar a tomar el té con pan de sésamo, pero...

Les echó semillas de girasol en los bolsillos de sus vestidos y desapareció detrás de la iglesia.

El Grajo Froim se había quedado solo en su patio; sentado y sin moverse apuntaba el único ojo al vacío. Las mulas robadas a las tropas blancas crujían comiendo heno en el establo; unas yeguas achanchadas pastaban con sus crías en el corral. En la sombra, bajo un castaño, los carreros jugaban a las cartas mientras sorbían vino de unos cacharros. Ráfagas de viento caliente chocaban contra las paredes de cal y el sol se esparcía por el patio desde su letargo celeste. Froim se levantó y salió. Cruzó la calle Projorovskaia, que despedía hacia el cielo el humo esfumado de sus cocinas humildes, y la plaza del mercado de las pulgas, donde la gente vendía cortinas en las que se había envuelto previamente para exhibirlas. Llegó hasta la calle Ekaterinenskaia, dobló en el monumento a la emperatriz y entró al edificio de la Cheka.

—Soy Froim —le dijo al comandante—. Necesito hablar con el jefe.

El director de la Cheka en aquel entonces era Vladislav Simen, que había venido de Moscú. Al enterarse de que Froim lo estaba esperando, llamó al juez de instrucción Borovoi para hacerle unas preguntas sobre él.

—Es un gran hombre —le contestó Borovoi—. Prepárese para ver desfilar a toda Odessa frente a usted...

Entonces el comandante llevó al despacho a un viejo vestido con una campera de lona, grandote como un edificio, colorado, con un ojo tapado y un cachete desfigurado.

—Jefe —dijo apenas entró—, ¿a quién estás castigando?... Te estás metiendo con las águilas. ¿Y con qué te vas a quedar? ¿Con la basura?

Simen hizo un movimiento y abrió el cajón del escritorio.

—Yo estoy limpio —dijo Froim—, no llevo nada en las manos ni en las botas y afuera no me espera nadie... Soltá a mis muchachos, jefe. Decime cuál es tu precio...

Al viejo lo invitaron a sentarse y le sirvieron coñac. Borovoi salió del despacho y se reunió con los jueces de instrucción y los comisarios que habían llegado de Moscú.

—Les voy a presentar a un tipo —dijo— que es una epopeya, no hay otro igual...

Y Borovoi les contó que el auténtico cabecilla de los cuarenta mil bandidos de Odessa no era Benia Krik, sino el Tuerto Froim. Actuaba detrás del escenario, pero todo se hacía siguiendo sus planes: el destrozo de las fábricas y de la tesorería en Odessa y los ataques a las tropas blancas y sus aliados habían sido responsabilidad suya. Borovoi estaba esperando que el viejo saliera para hablar con él, pero Froim no aparecía. Entonces el juez se cansó y lo fue a buscar. Recorrió todo el edificio hasta que encontró el patio interior. El Grajo Froim yacía extendido en el suelo, tapado con una lona cerca de una pared cubierta con una enredadera. Dos soldados rojos fumaban cigarrillos caseros sobre el cadáver.

—Un oso —dijo el mayor cuando vio a Borovoi—, una fuerza inagotable... A ese viejo, si no lo matás, no se muere más... Ya tenía diez balas en el cuerpo, pero seguía defendiéndose...

El soldado rojo se había puesto rojo en serio, los ojos le brillaban y la gorra se le había corrido para un costado.

—Pero qué hablás tanto —lo interrumpió el otro soldado—, se murió y listo. Son todos iguales...

—¡Todos no! —levantó la voz el mayor—. Uno ruega, grita, el otro no dice nada... ¿Cómo pueden ser todos iguales?

—Para mí es así —dijo decidido el más joven—, todos tienen la misma cara, ni los distingo...

Borovoi se inclinó y levantó la lona. El viejo todavía tenía una expresión de movimiento en el rostro.

El juez volvió a su despacho, una sala redonda con paredes forradas de raso. Se estaba llevando a cabo una reunión para acordar las nuevas normas para el trabajo de oficina. Simen denunciaba el desorden que había notado, las sentencias mal redactadas y la gestión caótica de las actas. Insistía en que los jueces de instrucción se dividieran en grupos, tuvieran asesoramiento jurídico y se ocuparan de los casos siguiendo las formas y los modelos aprobados por la Dirección General de Moscú.

Borovoi escuchaba sentado en un rincón, solo y lejos de los demás. Al final de la reunión, Simen se le acercó y lo tomó de la mano.

—Ya sé que estás enojado conmigo —dijo—, pero hay que recordar, Sasha, que nosotros somos la autoridad, la autoridad nacional.

—No estoy enojado —contestó Borovoi y se dio vuelta—. Usted no es de Odessa y no puede entender que hay toda una historia ligada a ese viejo...

Se sentaron uno al lado del otro; el director, que había cumplido veintitrés años, y su subordinado. Simen lo tenía a Borovoi tomado de la mano y cada tanto la apretaba.

—A ver, contestame como miembro de la Cheka —dijo después de un silencio—, contestame como revolucionario: ¿de qué puede servir un hombre así para la sociedad del futuro?

—No sé —Borovoi estaba quieto mirando un punto—, quizás de nada...

Hizo un esfuerzo para espantar los recuerdos de su cabeza. Después de un rato, ya más animado, siguió contándoles a los funcionarios de Moscú sobre la vida del Grajo Froim, sobre su astucia y rapidez, sobre su desconfianza en el prójimo... todas esas historias increíbles que ahora ya son parte del pasado...

Materiales sobre Isaak Babel

Autobiografía

Nací en Odessa, en la Moldavanka, hijo de un comerciante judío que hasta los dieciséis años me exigió estudiar hebreo, la Biblia y el Talmud. En mi casa la vida era dura, porque desde la mañana hasta la noche estaba obligado a estudiar varias disciplinas. En la escuela me permitía descansar. Era el Liceo Comercial de Odessa y llevaba el nombre del emperador Nicolás I. Ahí estudiaban hijos de comerciantes extranjeros y de intermediarios comerciales judíos, polacos distinguidos, viejos creyentes y muchos jugadores de billar pasados en edad. En los recreos a veces nos escapábamos al muelle en el puerto, o a las cafeterías griegas a jugar al billar, o nos íbamos a las bodegas de la Moldavanka a tomar vino barato de Besarabia. Esa escuela es inolvidable para mí además por el profesor de francés, *monsieur* Vadon, que era bretón y, como todos los franceses, tenía un gran don literario. Me enseñó su idioma, y por él conocí a los clásicos franceses, entré en contacto estrecho con la colonia francesa de Odessa y desde los quince años comencé a escribir cuentos en francés. Me dediqué a escribirlos durante dos años, pero luego los abandoné. Los pasajes románticos y las reflexiones de autor me salían desabridos; lo único que me dejaba conforme eran los diálogos.

Al terminar la escuela me fui a Kiev y en 1915, a Petersburgo. Ahí la pasé bastante mal; como carecía de pasaporte, tenía que andar escapándome de la policía y vivir en el sótano de un mozo arruinado y borracho en la calle Pushkinskaia. En aquel entonces, en 1915, comencé a ofrecer mis escritos a distintas editoriales, pero siempre me terminaban rechazando. Los editores (el difunto Izmailov, Posse y otros) me querían convencer de que buscara trabajo en algún que otro negocio, pero no les hice caso y a fines de 1916 conocí a Gorki. Le debo todo a ese encuentro y sigo pronunciando el nombre de Aleksei Maksimovich con gran admiración y cariño. Él publicó mis primeros cuentos en la revista *Letopis* en noviembre de 1916 (esos cuentos me valieron una

denuncia por violar el artículo 1001) y me enseñó cosas sumamente importantes; después de hacerme ver que mis primeros dos o tres experimentos aceptables eran una mera suerte de principiante, que la literatura aún no era lo mío y que escribía bastante mal, Aleksei Maksimovich me mandó a que me mezclara con el pueblo. Durante siete años, desde 1917 hasta 1924, me mezclé con el pueblo. En ese período fui soldado en el frente rumano, después formé parte de la Cheka, del Comisariado del Pueblo para la Educación, participé en las expediciones de abastos de 1918, en el Ejército del Norte contra Yudenich, en el Primer Ejército de Caballería, integré el Comité Provincial de Odessa, fui editor en la Séptima Imprenta Soviética de esa ciudad, periodista en Petersburgo y en Tiflis, entre otras cosas. Recién en 1923 aprendí a expresar mis ideas en forma clara y concisa; entonces, nuevamente, comencé a escribir. Por eso, asocio el comienzo de mi carrera literaria con los inicios del año 1924, cuando en el cuarto número de la revista *Lef* se publicaron mis cuentos «Sal», «La carta», «La muerte de Dolgushov», «El Rey» y otros.

Jorge Luis Borges: Isaak Babel*

Nació en las catacumbas irregulares del escalonado puerto de Odessa a fines de 1894. Irreparablemente semita, Isaak es hijo de un ropavejero de Kiev y de una judía moldava. El clima habitual de su vida ha sido la catástrofe. En los dudosos intervalos de los *pogroms* aprendió no solo a leer y a escribir, sino a apreciar la literatura y a gustar de la obra de Maupassant, de Flaubert y de Rabelais. En 1914 se recibió de abogado en la Facultad de Derecho de Saratov; en 1916 arriesgó un viaje a Petrograd. En esa capital estaban prohibidos «los traidores, los descontentos, los insatisfechos y los judíos»: clasificación un tanto arbitraria, pero que incluía —mortalmente— a

* *Obras completas,* tomo IV, Emecé, Barcelona, 1996, p. 340. Publicado originalmente el 4 de febrero de 1938 en la revista *El Hogar*.

Babel. Este tuvo que recurrir a la amistad de un mozo de café que lo ocultó en su casa, a un acento lituano adquirido en Sebastopol y a un pasaporte apócrifo. De esa fecha datan sus primeros escritos: dos o tres sátiras del régimen burocrático zarista, publicadas en el famoso diario de Gorki *Los Anales*. (¿Qué no pensará —y callará— de la Rusia soviética, que es un indescifrable laberinto de oficinas públicas?) Esas dos o tres sátiras le atrajeron la peligrosa atención del gobierno. Fue acusado de pornografía y de incitar al odio de clases. De esa catástrofe lo salvó otra catástrofe: la revolución rusa.

Babel, a principios de 1921, ingresó en un regimiento de cosacos. Naturalmente, esos guerreros estruendosos e inútiles (nadie, en la historia universal, ha sido más derrotado que los cosacos) eran antisemitas. La sola idea de un judío a caballo les pareció irrisoria, y el hecho de que Babel fuera un buen jinete no hizo sino perfeccionar su desdén y su encono. Babel, mediante un par de hazañas aparatosas y bien administradas, logró que lo dejaran en paz.

Para la fama, ya que no para los catálogos, Isaak Babel es todavía un *homo unius libri*.

Ese libro impar se titula *Caballería Roja*.

La música de su estilo contrasta con la casi inefable brutalidad de ciertas escenas.

Uno de los relatos —«Sal»— conoce una gloria que parece reservada a los versos y que la prosa raras veces alcanza: lo saben de memoria muchas personas.

Juan Forn: Historia de un adjetivo*

Dice Grace Paley que, cuando leyó por primera vez a Isaak Babel en los años 50, «solo sus cuentos y su muerte eran famosos, pero hasta hace poco incluso eso conocíamos mal». Paley se refiere a los dos hitos en la vida de Babel, y al misterio que los rodea: por un lado, los breves y potentísimos relatos que consagraron a su autor

* *La tierra elegida*, Emecé, Buenos Aires, 2005, pp. 119-216.

(pero que en sus ediciones soviéticas y todas aquellas traducciones occidentales realizadas a partir de esas ediciones sufrieron censura y expurgación, por razones ideológicas y «morales»); y, por el otro, el arresto, interrogatorio y confesión de «sedición y espionaje» que dio por resultado el supuesto confinamiento de Babel en un gulag siberiano (dato «corregido» por las autoridades quince años después de aquel arresto con la funesta y para entonces casi obvia noticia de que Babel había sido en realidad ejecutado a principios de 1940, en los mismos cuarteles de la NKVD adonde cumplía arresto desde mayo de 1939).

Isaak Babel vio en la Revolución de Octubre la posibilidad de unir sus dos «patrias» (sus raíces judías, su amor por Rusia). Luego de enrolarse en un legendario regimiento de cosacos se convirtió, con la publicación de su primer libro, *Caballería Roja*, en eslabón perfecto entre la gran tradición de la literatura rusa y las nuevas formas que imponía esa era naciente que había volteado al zar. Antes de cumplir los treinta y cinco años, Babel ya era un maestro del cuento tan admirado en Europa como en su país natal, pero en pleno auge creativo se sumió en el silencio, ante el ocaso cada vez más evidente de esa era en la que había depositado sus esperanzas y desvelos.

Algunos adjudican a ese empecinado silencio la caída en desgracia de Babel; otros a su origen judío; otros a un romance que tuvo con la esposa de un jefe de la NKVD ejecutado; otros a la pura paranoia homicida con que Stalin diezmó la *intelligentsia* de su tiempo. Lo cierto es que hasta hoy no se sabe el motivo real de su arresto (al leer las actas del interrogatorio se tiene la sensación de que los torturadores exigen a Babel que invente hasta las acusaciones por las que debe ser castigado). El propio Consejo Militar de la Corte Suprema soviética determinó, luego de la muerte de Stalin, «ausencia de elementos de delito» en el arresto y el proceso posterior, y ni siquiera cuando se abrieron los archivos secretos de la KGB, después de la Perestroika, pudo encontrarse la orden que exigía su detención.

Tampoco es mucho lo que se sabe de las opiniones políticas de Babel en sus últimos veinte años de vida: su segunda esposa, Antonina Pirozhkova, autora de una memoria titulada *At His Side. The last years of IB*, cuenta que su marido nunca le confió sus inquietudes políticas, ni a ella ni a nadie, por reserva y por «protección». Casi todo lo que se sabe de Babel proviene, como suele suceder con los escritores muertos por sus convicciones, de hagiografías: esos recuerdos de amigos, de su viuda y su hija, teñidos por la idealización, que trataban de equilibrar la balanza luego de las acusaciones falaces con que la propaganda del Estado lo convirtió en un «enemigo del pueblo».

Lo que hace aún más enigmático el Caso Babel es que esa suma de elementos dispersos, contradictorios y salpicados de misterio haya terminado por convertirse en el texto de largo aliento que sus amigos y enemigos tanto le reclamaron en vano durante años y años: no importa quién cuente cada capítulo de esa vasta novela coral, su tono adopta una entonación sugestivamente similar a la que tenía la pluma de Babel en *Caballería Roja* y *Cuentos de Odessa*. Así, el hombre que declaró que, si alguna vez escribía sus memorias, las titularía *Historia de un adjetivo*, logra desde su muerte que se reúnan las piezas dispersas de su vida bajo un calificativo tonal unánime: no hay historia sobre Babel que no sea babeliana.

Isaak Emmanuilovich Babel nació en Odessa en 1894, pero casi de inmediato su familia se trasladó a Nikolaiev, otra población portuaria del Mar Negro. El retorno de Babel a su ciudad natal ocurre luego de que cumpla diez años, en 1905, y ya delata las primeras distorsiones que exhibe su autobiografía: el sector de la Moldavanka donde se instala su familia (un vecindario humilde pero «respetable») no es el colorido antro de hampones que Babel luego describirá en forma magistral como su barrio de infancia en los *Cuentos de Odessa*. El *pogrom* de 1905, por ejemplo, tan vívidamente relatado en los cuentos «Historia de mi palomar» y «Primer amor», no produjo la muerte del abuelo de Babel ni destrozó el negocio de su padre.

Sí, en cambio, parece ser cierto el anhelo familiar de que el

pequeño Isaak se convirtiera en un virtuoso del violín y «llegara a tocar para la reina de Inglaterra» (el cuento «Despertar» describe en forma hilarante aquella «fábrica» de aspirantes a niños prodigio y la incapacidad de muchos de ellos para «sacar otra cosa que limaduras de hierro» al pasar el arco por las cuerdas del violín), además de someterlo al estudio del Talmud e intensas lecciones de francés para acceder al Liceo.

El *numerus clausus* del zar Nicolás restringía la cantidad de niños judíos en cada escuela (nunca más del cinco por ciento del total). Si bien Babel logró sortear este obstáculo e ingresar al Liceo Comercial, posteriormente no pudo entrar a la Universidad de Odessa por ese motivo. Contra la voluntad paterna, quería estudiar psiquiatría (quince años más tarde, en *Caballería Roja,* haría decir a su alter ego Liutov: «Quisiera saber a toda costa qué es lo que el hombre lleva dentro»), pero terminó inscribiéndose en el Instituto de Estudios Financieros y Comerciales de Kiev, donde conoció a la que sería su esposa, Yevgenia Gronfein.

En 1915, presentó sus primeros relatos a diferentes editores de San Petersburgo, con escasa suerte: apenas un periódico menor llamado *Zhurnal Zhurnalov* le publica las «Páginas de mi cuaderno» (donde Babel incluye su manifiesto odessiano: «Si nos ponemos a pensar, ¿acaso no nos daremos cuenta de que en la literatura rusa aún no ha habido una verdadera descripción del sol, alegre y radiante? Se siente la necesidad de renovar la sangre para no asfixiarse. El mesías literario esperado en vano durante tanto tiempo vendrá de ahí, de las soleadas estepas bañadas por el mar...»).

Todo parece ir mal para el joven Babel hasta que Maksim Gorki lo toma bajo sus órdenes en la revista *Letopis* y le publica un par de textos, que le valen al joven autor una acusación de sedición y pornografía. Para evitarle el proceso, y «ante la evidencia de que mis experimentos juveniles solo alcanzaban algún éxito de manera completamente accidental», el joven protegido fue enviado por su mentor a que se mezclara con el pueblo. Es el año 1917. Babel se enrola en el ejército y parte al frente rumano,

donde contrae malaria. Vuelve a Odessa a recuperarse y, un año después, acude nuevamente a Petersburgo. Bajo la tutela de Gorki, posterga su proyecto de ser un poeta del sol para convertirse en cronista del caos: publica seis piezas periodísticas sobre las miserias de la ciudad regida por los victoriosos bolcheviques («Hace mucho tiempo había fábricas, y las fábricas eran la sede de la injusticia. Luego se hizo justicia. Pero se hizo mal», escribe en «Evacuados», uno de los vívidos retratos donde se «sacrifica tanto el honor como las vidas del proletariado», en palabras de Gorki).

Frustrado por el clima político o por el escaso reconocimiento de sus esfuerzos, Babel vuelve a Odessa y se casa en 1919 con Yevgenia Gronfein. Ante la cercanía cada vez más evidente de la guerra civil, corrige su posición hacia los bolcheviques, logra ser admitido como corresponsal de la agencia de noticias Rosta y se suma a la legendaria caballería del general Budionny cuando esta marcha al frente polaco, un hecho decisivo en la vida de Babel.

¿Cómo logró un judío asmático y miope de los mansos confines del Sur ser admitido como un par por los cosacos de la caballería de Budionny? Fraguando en sus credenciales un alias insospechable: Kiril Vasilevich Liutov (el apellido Liutov significa «feroz» en ruso) y ocultando todo rasgo de humanismo en su personalidad.

A lo largo de esos meses, Babel lleva un diario, garabateado casi telegráficamente sobre la montura de su caballo, pero no se puede decir que fuera un auténtico corresponsal de guerra: mientras cabalgó con los cosacos, aparecieron solo cinco piezas en el periódico que Rosta enviaba a las tropas (y que los soldados letrados debían leer a los analfabetos): un réquiem a un oficial muerto, dos descripciones de atrocidades cometidas luego de la batalla, un elogio a las valerosas enfermeras del frente y una carta de amarga queja al editor («El último mes no hemos recibido un solo periódico, no tenemos idea de lo que pasa en el resto del mundo y yo ni siquiera sé si mis informes llegan a destino»).

Finalmente, el asma lo vence y es autorizado a recuperarse en casa de su familia política en Batum, sobre el Cáucaso. Allí, partiendo de aquel diario, Babel empieza a escribir los cuentos

que conformarán *Caballería Roja*. Si hasta 1920 aspiraba a profundizar en su literatura la veta picaresca del último Scholem Aleijem (el hecho de filtrarse entre los cosacos con una identidad falsa puede ser visto como la treta extrema de ese pícaro que Babel aspiraba ser), las escenas a las que había asistido con la caballería cosaca redefinen su proyecto literario. En 1923 escribe un relato titulado «Eran nueve» (conocido como «Y luego no quedó ninguno»), que quedará fuera del libro pero definirá su tono y propósito: «Los prisioneros están muertos. Me lo dice el corazón. Esta mañana decidí que debía hacer algo en su memoria. Nadie más lo hará en la Caballería Roja».

A pesar de su nombre falso, para Babel no fue fácil camuflarse entre los cosacos sin delatar su identidad judía. En su *Diario de 1920* da cuenta de tres momentos decisivos que trasladará a los cuentos de *Caballería Roja*. El primero de ellos tiene lugar cuando el recién llegado Liutov es recibido por el jefe del regimiento con la frase: «Un hombrecito puede ser muerto aquí solo por usar anteojos, pero deshonre usted a una dama y verá cómo lo aprecian los soldados». Poco después, el escuadrón entra en un pueblo arrasado. El hambriento Liutov pide algo de comida a una mujer que pasa a su lado. Al oír a su espalda las burlas de sus camaradas, Liutov corta de un sablazo la cabeza del ganso que lleva la mujer en brazos y le ordena: «Ahora cuécemelo». El acto es unánimemente festejado por los cosacos del escuadrón.

Un segundo episodio es relatado casi textual en «La muerte de Dolgushov», cuando un cosaco herido en el vientre, con las tripas derramándose entre sus dedos, pide a Liutov que lo mate, y él solo es capaz de traer a otro cosaco para que lo haga. Este dispara y luego dice a Liutov con desdén: «Ustedes, los bastardos con anteojos, tienen tanta compasión como el gato por el ratón. Lo que pretenden es vivir sin enemigos, es lo único que les importa».

El tercero y más impresionante momento lo recreará Babel en «Después de la batalla»: su regimiento ha sido repelido con fuego de ametralladoras polacas, «sin haber enrojecido el sable en la sangre de los traidores». En un descanso antes de arremeter

nuevamente, Liutov es encarado por un cosaco, que lo acusa, no de cobardía en el enfrentamiento, sino de haber cargado contra el enemigo con un arma sin balas. Liutov no tiene más remedio que callarlo a golpes, pero en el final del cuento, a solas, implora al destino «la más simple de las capacidades: no la de morir sino la de matar a un hombre» (a diferencia de otro de los relatos seminales que quedó fuera del libro, «El cuáquero», a quien «sus creencias religiosas no le permitían matar, pero sí dejarse matar»).

Cada uno de los relatos de *Caballería Roja*, así como cada una de las anotaciones del *Diario de 1920*, muestra en su centro una avidez por descubrir la cualidad que parece ocultarse en la violencia, algo no necesariamente violento en sí y que resulta de particular desvelo para Babel, como intelectual, como artista y como judío. En busca de esa esquiva cualidad, Babel se sumerge y deja que su pluma se contagie de la crudeza, la pasión animal, el rústico honor y esa suerte de gracia desbocada que ve en los cosacos. Sin embargo, para su sorpresa, la aparición de los primeros cuentos de *Caballería Roja* en *Lef*, la revista dirigida por Maiakovski (el libro recién saldría en 1926), despierta las iras de los altos mandos militares y del propio Budionny, que en una carta a Gorki lo considera «un libelo contra mis valientes, escrito por un cobarde que siempre se mantuvo en la retaguardia». Gorki le contesta que podría acusar también a Tolstoi de escribir *Guerra y paz* sin haber participado en la guerra contra Napoleón, para luego afirmar que esos textos de Babel no tenían paralelo en la literatura rusa: como evidencia citaba el hecho de que las propias tropas de Budionny, como miles de jóvenes en toda la Unión Soviética, recitaban de memoria fragmentos del libro.

Aquella admiración no se restringía a la Unión Soviética. Al leerlo en París, Hemingway le confesó a Ilia Ehrenburg que, si él había sido criticado por escribir de manera concisa, Babel demostraba que se podía ir aun más allá: «Nos enseña como un maestro que, aun cuando se le ha quitado todo el jugo, hay manera de exprimir un poco más la naranja». Viktor Shklovski, por su parte, cuenta una anécdota escuchada durante su juventud acerca de la

legendaria necesidad de concisión que tenía Babel: el químico Piotr Storitsin llega de visita al departamento moscovita del escritor y ve sobre la mesa un voluminoso manuscrito atado con cordel, en cuya primera hoja se lee, escrito a mano, «El Rey». Cuando el dueño de casa aparece en la sala, Storitsin lo felicita: «Isaak Emmanuelovitch, veo que finalmente habrá de honrarnos con una novela». Babel mira el manuscrito sobre la mesa, murmura: «Eso no es una novela», y procede a mostrarle de qué se trata. El manuscrito está conformado por quince versiones del mismo cuento; la última de ellas, la más breve de todas, es la que Babel dará a la imprenta.

Paralelamente a la escritura de *Caballería Roja*, Babel había empezado ya a publicar los primeros *Cuentos de Odessa*, duplicando los elogios a su originalidad y rigor estilísticos: en la segunda mitad de los años 20, su nombre se inscribía junto a los de Pasternak y Maiakovski como los sucesores indiscutibles de Gogol y Tolstoi que construirían la nueva literatura soviética.

La filiación que comparten, cada uno a su manera, *Caballería Roja* y *Cuentos de Odessa* con el *Taras Bulba* de Gogol y el *Hadji Murad* de Tolstoi es evidente. Más compleja es la relación con Chejov y con el otro gran maestro del cuento para Babel: Guy de Maupassant. Pero en esa compleja relación pueden verse las pistas del siguiente paso estilístico que Babel se proponía dar, cuando se instaló en Moscú con su esposa, su hermana y su madre en 1924 (el padre había muerto en Odessa un año antes).

Durante mucho tiempo venía sospechando de la fascinación que le producía Chejov, resumiendo sus sentimientos encontrados en el comentario: «Es demasiado buena persona». Ehrenburg cuenta que, en su última estadía en París en 1935, Babel conversaba con él sobre Maupassant y Chejov cuando le dijo: «Todo lo que hacía Maupassant estaba bien, pero le faltaba corazón».

El sionismo que había irrumpido a partir de principios de siglo en territorio ruso apoyaba la elección del hebreo como lengua entre los judíos, si bien consideraba el ruso como una alternativa progresista al ídish. Para Babel, la elección de la lengua rusa era fundamental no solo en su proyecto narrativo

sino en sus anhelos ideológicos. En lo literario, porque con la lengua rusa podía retratar el mundo judío desde adentro (en sus textos «autobiográficos» de Odessa) y desde afuera (relatando las innumerables crueldades que le propinan los cosacos a los judíos ucranianos que encuentran a su paso en *Caballería Roja*). Y en lo ideológico, porque la revolución bolchevique ofrecía a Babel la oportunidad de que se unieran sus dos «patrias» en esa Internacional que redefiniría los lazos entre los hombres del mundo y daría como resultado al Hombre Nuevo.

La lengua rusa no era, para Babel, la lengua del zar (es decir, del opresor y del pasado), sino la lengua utópica con la que aspiraba a encontrar una densidad literaria que tuviera el corazón que le faltaba a Maupassant, y así contribuir a la edificación de un mundo en donde alguien como Chejov ya no fuera «demasiado» buena persona.

Un texto de Babel que nunca vio la luz en ruso, y que Babel abandonó al parecer en 1934, cuando la situación política soviética hacía casi implausible su continuación argumental, permite ver hasta dónde quería llegar Babel con su pluma. El texto (rescatado por su hija Nathalie en *Debes saberlo todo*) se llama «La judía», es —aun inconcluso— el más largo de todos los relatos que escribió en su vida y se interrumpe bruscamente en un momento decisivo de su trama.

La historia comienza con una mujer judía que se levanta, al octavo día de su duelo, y va a rendir sus respetos a la tumba de su marido. El escenario no es Odessa sino un agonizante *shtetl* ucraniano. Cuando la viuda vuelve a casa, ve que ha llegado su hijo Boris, por quien el moribundo clamó en vano (la mujer simuló la voz del hijo para que el hombre muriera en paz). Boris ignora los reproches y anuncia a su madre y a su hermana que se las llevará consigo a Moscú. Lentamente el relato se traslada del punto de vista de la madre al del hijo. Vemos que es un oficial del ejército, vemos que no es insensible sino que necesita imponer a sus mujeres la necesidad de mirar adelante y no atrás («Tu hijo me lleva a Moscú», dice la viuda a la tumba del marido, «¿cómo

perdonarle que me lleve a morir a tierras extrañas? ¿Y cómo perdonarle si la vida en Moscú me gusta?»).

En ese momento empieza a develarse el extraordinario propósito de Babel: Boris se perfila como una cruza entre el Liutov de *Caballería Roja* y el Benia Krik de *Cuentos de Odessa*: tiene el coraje vital del pícaro, pero al servicio de un ideal. En aquel *shtetl* al que regresa tras la muerte de su padre, Boris conoce a Aliosha, con quien se unió a los bolcheviques «cuando se hizo evidente que ningún otro partido en el mundo lucharía, destruiría y construiría como este». Aliosha inició a otros jóvenes del *shtetl*, consiguió caballos y, después de la Revolución, ha formado un «regimiento insurgente» enteramente judío, que muestra inusitado valor en combate, «quizá porque durante tanto tiempo se le había negado a su pueblo uno de los sentimientos más nobles: el de la camaradería en el campo de batalla». A tal punto llega su coraje que ambos jóvenes son ascendidos a comandantes y sus proezas tácticas son estudiadas en la Academia Militar.

Boris instala a su madre y a su hermana en su piso de Moscú porque sus admirados camaradas necesitan mantener las costumbres judías (no ocultarlas: he ahí un hecho clave): la llegada de ambas mujeres incorpora a la rutina militar de esas reuniones el samovar y el pescado relleno servido de «la reconfortante mano de una anciana». Nathalie Babel comenta al respecto: «Boris no permite que su madre y su hermana lloren el pasado; trata de integrarlas a un nuevo mundo. Comprende que la historia las ha dejado de lado y que, abandonadas a sí mismas, están condenadas. Con ellas a su lado, confía en que será capaz de poner su herencia cultural al servicio del nuevo orden y constituirse en eslabón entre ambos mundos. La paradoja es que, para que esto ocurra, el nuevo mundo debe aceptar al nuevo judío. Si el nuevo mundo lo rechazara, ¿qué elección le quedaría a un hombre como él?».

Con la muerte de Lenin en 1925, muchos amigos de Babel creen que la situación política se volverá inquietante: la madre y la hermana del escritor parten a Bélgica y deciden exiliarse allí, y Yevgenia pide a su marido pasar una temporada en París

juntos. Él accede al viaje, pero vuelve a Rusia; no puede escribir en ningún otro lugar, especialmente las piezas que reafirmarán ese viraje estilístico en su producción: una serie de estudios ficcionales sobre su vida juvenil en la gran ciudad, luego de la Revolución de Octubre y antes de que marchara con los cosacos.

El libro, sin embargo, es postergado por las necesidades de dinero de Babel para mantener a su familia instalada en el extranjero y pagar sus propios viajes de visita. Empieza a escribir guiones de cine y, entre 1928 y 1929, pasa más tiempo en Europa que en suelo ruso (de una de esas visitas nacería Nathalie, la hija francesa que tanto haría más adelante por el rescate de los inéditos de su padre). En la Unión Soviética, mientras tanto, comienzan los primeros e inequívocos síntomas de la presión de Stalin a los artistas. Aun así, Babel desoye los pedidos de su esposa y su madre y se niega al exilio. Es más: trata de convencer a Yevgenia de que vuelva a instalarse en Moscú con la pequeña Nathalie. Cuando esta se niega, comienza su romance y vida en común con Antonina Pirozhkova, una joven ingeniera que luego brillaría en la construcción del enorme subterráneo de Moscú.

Lo cierto es que Babel casi no publica nada desde el comienzo de los años 30. Sí empieza a interesarse en la colectivización como ambiente de sus ficciones (aunque terminaría volcando esas experiencias en el guion cinematográfico *La pradera de Bezhin*, que Serguei Einsenstein filmó en 1936, en Odessa y Yalta, y cuyo material le fue arrebatado en pleno montaje por los comisarios stalinistas). Si bien en 1934 abandona la escritura de «La judía», continúa la redacción de sus cuentos «autobiográficos» (según la Pirozhkova, cuando Babel fue arrestado estaba trabajando febrilmente en un libro que debía titularse *Nuevos cuentos*, del cual solo se rescataron los relatos «Despertar», «Historia de mi palomar», «Primer amor», «En el sótano», «El fin del asilo», «Di Grasso» y «Guy de Maupassant», que contiene la legendaria frase: «Ningún acero puede atravesar el corazón humano con un frío tan cortante como un punto puesto a tiempo»).

A pesar de que no publica casi nada, Babel recibe trato de

escritor consagrado: en 1933 es autorizado a pasar una temporada en Sorrento con Gorki; recibe una dacha en Peredelkino (la villa de escritores adonde Babel se resistía a vivir por su desprecio hacia la «cháchara entre literatos», razón por la cual elige una de las más modestas y alejadas); incluso es autorizado a ocupar un departamento «para extranjeros» en Moscú, que comparte con un ingeniero austríaco llamado Steiner.

Sin embargo, las primeras señales de acoso empiezan a manifestarse. En su discurso durante el Primer Congreso de Escritores Soviéticos en 1934, luego de elogiar formulariamente el estilo literario de Stalin (apelando al cliché oficial: «Esa capacidad para forjar como en acero sus frases»), dice sugestivamente que el Partido y el Estado «nos lo dan todo menos el derecho a escribir mal». Y agrega, más sugestivamente aún: «Camaradas, no es poca cosa perder ese derecho. Pero hay que renunciar a él y que Dios nos ampare. Y si Dios no existe, que seamos capaces de ampararnos a nosotros mismos». En ese contexto, y disfrazada de humorada, tiene lugar la famosa declaración de que estaba practicando un nuevo género literario, «en el cual creo estar alcanzando cada vez más maestría: el género del silencio».

A mediados de 1935, cuando se celebró en París el Congreso por la Defensa de la Cultura y la Paz, la llegada de la delegación soviética (a la que se le sumó Ilia Ehrenburg en Francia) desató una airada reacción de los participantes al notar la ausencia de Pasternak y Babel (por ese entonces obtener un pasaporte o una visa de salida de la URSS demandaba meses, según Pirozhkova, pero el trámite para dejar viajar a ambos escritores demoró exactamente dos horas: el propio Stalin había dado la orden de urgencia, luego de que Ehrenburg le rogara por telegrama la presencia de ambos escritores). Cada entrega anual de los premios de literatura soviética ignoraba sistemáticamente dos nombres: Pasternak y Babel. A fines de 1935, Babel entrega por fin una obra teatral para su estreno en Moscú (*Maria*), pero las funciones son canceladas sin explicación luego de la prueba de vestuario.

Para entonces, los juicios a los llamados «enemigos del

pueblo» incluyen cada vez más conocidos y amigos de Babel, sean escritores, periodistas, militares o funcionarios. Aun así, él se niega a creer que el Estado soviético repitiera los procedimientos zaristas de obtener confesiones bajo tortura. Incluso llega a comentarle a su esposa: «No temo que me arresten, si me dejan seguir escribiendo». Pero a mediados de 1936, con la muerte de Gorki, presiente que las cosas se pondrán realmente difíciles y confiesa a Pirozhkova: «Ahora no me dejarán en paz».

En septiembre de 1937 acepta, por presión de la Unión de Escritores, contestar por primera vez en su carrera preguntas sobre su oficio, en una entrevista para la revista *Literaturnaia Ucheba*. El texto aparece en la compilación de inéditos *Debes saberlo todo*: si bien Babel hace malabarismos para ser fiel a sí mismo sin autoincriminarse ni ser servil, el texto resultó tan «delicado» para los editores que recién se publicaría en 1964, en otra revista. El reportaje comienza informando a Babel que sus lectores están inquietos por su silencio. Él contesta: «Yo también lo estoy, de manera que en ese sentido no diferimos mucho. A decir verdad, sencillamente no estoy equipado para este trabajo, y no lo haría si estuviera mejor equipado para dedicarme a otra cosa. Pero es el único trabajo que, con gran esfuerzo, puedo hacer más o menos bien. Vivimos una época revolucionaria y tormentosa y no puedo precipitarme a escribir bajo los efectos de la admiración o el odio o la compasión, como algunos de mis camaradas, porque por temperamento estoy interesado en el cómo y el porqué de las cosas. Esas preguntas necesitan cuidadosa reflexión y gran honestidad para poder responderlas en forma literaria. Así es como me explico mi silencio a mí mismo».

Luego dice que, a diferencia de Tolstoi, que podía recordarlo todo, él solo es capaz de recordar cinco minutos, y quizá por eso ha elegido el formato cuento. En cuanto a su relación con las palabras, afirma que si alguna vez escribe la historia de su vida la llamará *Historia de un adjetivo*, y agrega: «Toda mi vida he sabido, con unas pocas excepciones, qué escribir. Pero como he intentado decirlo todo en doce páginas, he debido escoger

palabras que fueran en primer lugar significativas, en segundo lugar sencillas y en tercer lugar hermosas».

Aun después de la intempestiva cancelación de su obra teatral y del amargo episodio con la película de Eisenstein, Babel confiaba en poder publicar el ciclo de textos autobiográficos en que estaba trabajando y durante 1938 se encerró a escribir febrilmente en Peredelkino, en los momentos libres entre guion y guion (que despachaba a toda velocidad para poder cobrar algo de dinero y enviarlo a su familia en Europa). A principios de 1939 comenta a Pirozhkova que ya tiene fecha de publicación para el libro y que solo restan correcciones menores. Pero en la madrugada del 15 de mayo de 1939 dos hombres de la NKVD se presentaron en el departamento de Moscú en busca de Babel. Cuando Pirozhkova les dijo que no estaba allí sino en Peredelkino, la llevaron con ellos hasta allí y la obligaron a despertarlo. No solo arrestaron a Babel sino que se llevaron todos sus manuscritos. Babel solo dijo dos cosas. La primera, a nadie en especial: «No me dejaron terminar». La segunda a su esposa, antes de separarse, en el cuartel de la Lubianka: «Trata de que no hagan miserable la vida de nuestra hija».

No fue fácil para Pirozhkova. Luego de quince años de desesperada incertidumbre, logra arrancarles a las autoridades la exoneración de su marido y la información (nunca confirmada por escrito oficial) de que Babel había sido ejecutado, en enero o en marzo de 1940. Sus empeños no se detuvieron allí: continuó solicitando empecinadamente información sobre Babel. Solo obtuvo el patético informe que relata el interrogatorio, la aceptación bajo tortura de las acusaciones y la posterior retractación, antes de morir: «Pido que se revisen mis declaraciones. La idea de que no sirvan para establecer la verdad sino que induzcan a error me atormenta sin cesar. Atribuí acusaciones y tendencias antisoviéticas a escritores y periodistas que conocí como ciudadanos honrados y abnegados. Ni ellos ni yo somos culpables de nada. La calumnia se debió a mi comportamiento cobarde durante los interrogatorios».

Pirozhkova también hizo lo que pudo por reunir los inéditos de su marido, año tras año, hasta que abandonó Rusia en 1993 con su hija Lidia (la publicación de su libro es de fines de 1998). Suerte similar merecieron los esfuerzos de la hija francesa de Babel, Nathalie. Los papeles que la NKVD se llevó de Peredelkino nunca aparecieron. Nada se supo tampoco de los desvelos de Babel en esos últimos seis u ocho meses de vida en la Lubianka. Nathalie Babel cierra el prólogo de *Debes saberlo todo* con estas palabras: «Durante mucho tiempo esperé que la puerta de casa se abriera y allí estuviese mi padre, con quien nos reconoceríamos de inmediato y a quien le diría: *Al fin llegaste. Dejaste tanto y al mismo tiempo tan poco para saber de ti. Siéntate y cuéntamelo todo*».

Nadezhda Mandelshtam: Contra toda esperanza* (fragmento)

En el otoño se nos volvió a plantear el problema de trasladarnos de Savelovo a otro lugar y volvimos a estudiar el mapa de la provincia de Moscú. Liova nos aconsejó Maly Yaroslaviets, donde él había comprado una isba para la mujer y los hijos de su hermano Nikolai, antes sacerdote, luego constructor de aviones, y condenado a un campo de trabajos forzados en 1937. [...]

En otoño oscurece pronto. En Maly Yaroslaviets solo estaba iluminada la estación. Subíamos por calles resbaladizas por el barro y en todo nuestro trayecto no vimos un solo farol, ni una sola ventana iluminada, ni un solo transeúnte. Llamamos dos veces en otras ventanas para averiguar el camino. A nuestra llamada, surgía un rostro atemorizado, contraído de miedo: «¿Cómo podemos ir a...?», y el hombre de la ventana sufría una metamorfosis: se distendían sus rasgos, sonreía y nos explicaba de muy buena gana el camino a seguir. Cuando dimos por fin con la casa, Nadia Bruni nos explicó que últimamente se habían

* *Contra toda esperanza*. *Memorias*, Acantilado, Barcelona, 2012, pp. 499-501.

intensificado las detenciones, tanto entre los habitantes locales, como entre los desterrados y, por ello, la gente estaba asustada. [...] La visión nocturna del pueblo nos causó tal espanto que después de pasar la noche en casa de Nadia Bruni volvimos corriendo a Moscú. [...]

La otra persona a quien pedimos consejo fue Babel. Creo que él jamás vivió en las casas destinadas a los escritores, sino en sitios inesperados, diferentes de los demás. Lo encontramos con dificultad en una especie de hotelito incomprensible. Creo recordar confusamente que vivían allí extranjeros; y a Babel le habían alquilado unas habitaciones en el segundo piso. Quizás nos lo dijo para sorprendernos. Le gustaba mucho sorprender a la gente. No debe olvidarse que a los extranjeros se los temía como a la peste. Por la relación más superficial volaban las cabezas. ¿Quién se atrevería a vivir en casas ocupadas por ellos? Hasta la fecha no salgo de mi sorpresa y no sé de qué se trataba. Babel nos sorprendía siempre por algo.

Contamos a Babel nuestras penas. La conversación fue larga y nos escuchó con extraordinaria curiosidad. Su forma de girar la cabeza, la boca, la barbilla y, sobre todo, los ojos de Babel expresaban siempre curiosidad. Era una mirada poco frecuente en los adultos, llena de sincera curiosidad. Tuve la impresión de que la fuerza motriz básica de Babel era la insaciable curiosidad con que observaba la vida y a los seres humanos.

Babel decidió rápidamente nuestro destino: sabía tomar el toro por las astas. «Kalinin —dijo—, ahí está Erdman y las viejitas lo quieren mucho...». Babel, lógicamente, se refería a viejitas jóvenes y sus palabras significaban que Erdman no se instalaría en un mal sitio: sus admiradoras no lo permitirían. Babel consideraba posible, en caso de necesidad, utilizar a las «viejitas» de Erdman en nuestro favor: para encontrar una habitación, por ejemplo. [...]

Babel nos prometió conseguir dinero al día siguiente para el traslado y la conversación versó sobre otros temas.

Nos contó que frecuentaba únicamente a los agentes de las milicias y tan solo con ellos bebía. En la víspera, había bebido con

uno de los jefes más importantes de Moscú y este, ebrio, le explicaba que quien a hierro mata, a hierro muere. Los dirigentes de las milicias, en efecto, desaparecían uno tras otro. [...] La palabra «milicias» era, claro está, un eufemismo. Sabíamos que Babel se refería a los chekistas, pero que entre sus compañeros de francachelas había asimismo altos dirigentes de las milicias.

A Mandelshtam le interesaron los motivos de esa preferencia de Babel por los «milicianos». ¿Se debía a su curiosidad por conocer mejor el aparato distribuidor de la muerte? ¿Meter dentro los dedos? «No —le respondió Babel—, no meteré los dedos, pero aspiraré el aire para ver a qué huele».

Roberto Echavarren: Las noches rusas* (fragmento)

El registro del piso de Babel en Moscú incorporó al botín de los chekistas quince carpetas de manuscritos, dieciocho blocs y libretas de notas, hojas diversas, cartas, tarjetas postales, telegramas y toda su obra inédita, incluyendo sin duda aquellas dos novelas secretas cuya existencia había revelado a Clara Malraux.

¿A qué se debía su detención? ¿A la amistad con antiguos oficiales trotskistas de la Caballería Roja, a los que había descrito en sus cuentos? Tales oficiales habían sido ejecutados hacía tiempo. ¿O al hecho de haber compartido por unos meses un apartamento en Moscú con un ingeniero austríaco, un «extranjero peligroso» que, siendo extranjero, debía ser necesariamente un «espía»? ¿O a su vinculación con los escritores franceses en general y con André Malraux en particular? ¿O a que hablara bien el idioma francés? ¿O a que sus piezas de teatro fueran prohibidas por la censura? ¿O a no haber publicado nada en los últimos tiempos?

Babel había iniciado su carrera literaria bajo la égida de Trotski y su supremo desprecio por las sensiblerías de la «estética

* *Las noches rusas. Materia y memoria*, La Flauta Mágica, Montevideo, 2011, pp. 135-137..

proletaria». Era considerado uno de los talentos más notables entre los jóvenes escritores soviéticos.

En 1932, Stalin abolió la RAPP (Asociación Rusa de Escritores Proletarios), enemiga de Babel, y pareció que se inauguraba un nuevo período de tolerancia. No fue más que una apariencia. Los elementos más reaccionarios de la cultura soviética afirmaban su poder a través de la recién creada Asociación de Escritores Soviéticos (1932). En una atmósfera de falsa liberalidad se había reunido (en 1934) el Primer Congreso de Escritores Soviéticos. Babel fue uno de los oradores.

«Todo», dijo, «se nos ha otorgado por parte del Partido y del Gobierno. Todo. Salvo el derecho a escribir mal».

De este «derecho a escribir mal» dependía, según él, la posibilidad de escribir en absoluto. Babel confesó que practicaba un nuevo género literario. ¿Cuál? «El género del silencio. Soy el maestro del género del silencio».

Todos estos factores incidieron para su condena, pero la causa eficiente del arresto parece haber sido otra.

Babel había pertenecido a la Cheka en su primera juventud. A lo largo de su vida continuó fascinado por el funcionamiento de los «Órganos». Pretendía investigar la violencia que acarreaba su ejercicio.

En 1925, conoció en Berlín a Yevgenia Solomonova, tipógrafa de la misión comercial soviética. Tuvieron una relación amorosa que se prolongó más tarde en Moscú. Yevgenia era ambiciosa y promiscua. Tras dos matrimonios, se convirtió en la amante de Nikolai Yezhov, estrella ascendente, luego jefe de la NKVD. A raíz de su envolvimiento con Yezhov, Yevgenia pasó de simple mecanógrafa a redactora jefa de la revista *La URSS en Construcción* y del *Diario Ilustrado*.

Durante los dos años en que Yezhov fue jefe de la NKVD (1936-1938), tuvo lugar la «*yezhovschina*», el período del más agudo terror. En esos años, Babel concurría asiduamente a la tertulia de Yevgenia y de Yezhov. ¿Qué lo empujaba a revolotear como una luciérnaga en ese círculo? Su interés de escritor.

Preparaba desde hacía tiempo un libro sobre la policía política, tomaba notas, reunía documentación, entrevistaba a destacados chekistas, oía con avidez todo lo que le decían.

Ehrenburg cuenta (en sus memorias) que Babel era consciente del peligro que entrañaban tales investigaciones, pero que quería «adivinar la adivinanza». Y le confió a Ehrenburg: «Yezhov no es lo esencial. Ni qué decir tiene que se aplica a su tarea, pero no es lo esencial...». Había advertido que el instigador de las purgas era el mismo Stalin.

En 1938, Yezhov fue destituido como jefe de la NKVD, acusado de conspirar para derrocar el gobierno, y eliminado. Beria lo sucedió en el cargo. Esto condujo a una nueva purga en gran escala del personal vinculado a Yezhov. Yevgenia Solomonova, su amante, fue ingresada (en octubre de 1938) a un sanatorio cerca de Moscú y murió un mes más tarde, envenenada con luminal. ¿Asesinato o suicidio? Al ser interrogado, Yezhov «confesó» que Yevgenia era la cabeza de una «red de espías», e Isaak Babel, su cómplice. «Me pareció —declara Yezhov— que había entre ellos algo más que un simple interés literario. Y que ella... disimulaba sus lazos de espionaje con Babel, pues, ostensiblemente, no quería introducirme en la red...». En consecuencia, Babel fue arrestado y ejecutado.

Vitali Shentalinski: Esclavos de la libertad* (fragmento)

No permitieron que el detenido tuviera la mínima posibilidad de despedirse de esta vida. Lo tenían todo calculado y concebido de antemano: al desvestirlo y hacer que se quedara medio desnudo, lo despojaban de los últimos signos del mundo material que lo unían con su existencia diaria, con su familia, para convertirlo en un individuo desprotegido e insignificante: ¿quién

* *Esclavos de la libertad. Los archivos literarios del KGB*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2006 pp. 43-48, 52.

se creía que era, solo, sucio y sin afeitar, con los pantalones caídos y los zapatos sin nada que los sujetara, ante el poder destructor de todo un Estado? [...]

El 29 de mayo condujeron a Babel ante los instructores del caso, Schvartsman y Kuleshov. Durante tres días y tres noches seguidas no lo dejaron en paz, hasta que consiguieron que confesara. El trabajo era duro, pero se trataba de expertos consumados y, además, se iban turnando para poder descansar. [...]

¿Qué culpa pesa sobre él? El único crimen que está dispuesto a reconocer es su esterilidad creadora, aunque no fuera verdad: publicaba poco, pero es evidente que, por el número de manuscritos que le confiscaron, escribía mucho. No se manifestaba en contra del poder soviético; solo servía a su genio, a su vocación, ante todo era un artista. Pero para el régimen eso ya suponía una traición y un delito. La verdadera culpa de Babel ante las autoridades era su independencia creadora. El instructor niega que Babel haya sido detenido por ser escritor, pero este es precisamente el motivo. Pero como el Código Penal no contemplaba esta posibilidad, era necesario «montar una trama». [...]

Por muy gruesos e impenetrables que fueran los muros de la prisión, por mucho que se esforzaran en ocultar lo que sucedía en los despachos de los instructores, los gritos han llegado hasta nosotros. En el expediente del detenido Vsevolod Meyerjold se ha conservado una carta que dirigió a Molotov, presidente del Soviet de Comisarios del Pueblo, un documento conmovedor que revela la mecánica para lograr «confesiones veraces»:

> *Los instructores emplearon conmigo, el acusado, métodos físicos; me pegaron, a mí, un viejo enfermo de sesenta y cinco años: me obligaron a tenderme en el suelo boca abajo y me golpearon con una correa de goma en los talones y en la espalda; cuando me senté en la silla, me pegaron con saña en las piernas con la misma correa. Días después, cuando mis piernas mostraban abundantes signos de hemorragias internas, me aporrearon de nuevo con la correa sobre esos mismos moretones rojos, azules y amarillos, y me dolía de tal manera que parecía que me estuvieran vertiendo agua hirviendo por las zonas más sensibles y doloridas de mis piernas, y me puse a gritar y a llorar de dolor. Me golpearon en la espalda con la correa, me partieron la cara a guantazos... Acompañaron estos golpes de «ataques psíquicos», y sentí un terror tan absoluto, que mi naturaleza se vio afectada hasta en lo más hondo de mi ser: mi tejido nervioso llegó a rozar el tegumento; la piel se volvió tierna y sensible como la de un bebé; los ojos derramaban torrentes de lágrimas causadas por el insoportable dolor físico y moral. Mientras estuve tendido boca abajo, descubrí mi capacidad de enroscarme y convulsionarme, así como de aullar como un perro a quien su amo pegara con un látigo.* [...] *Cuando me eché sobre mi camastro y me dormí, después de un interrogatorio de dieciocho horas y a la espera de volver a ser interrogado al cabo de una hora, me despertó mi propio gemido y las convulsiones que movían mi camastro, como les ocurre a los enfermos que mueren de fiebres.*
>
> *La aprensión provoca miedo, y el miedo, reacciones de autodefensa.*
>
> *«La muerte (¡oh, sin duda!), la muerte es más llevadera que todo esto», se repite el acusado. Yo también me lo dije. Y me autoinculpé con la esperanza de que mis acusaciones me llevaran al patíbulo.*

Vsevolod Meyerjold fue detenido al mismo tiempo que Babel, y sus interrogatorios fueron instruidos por los mismos oficiales; por ejemplo, por Schvartsman, maestro consumado de la tortura, cuyo nombre figura en las actas de los interrogatorios de Babel y de Meyerjold.

No hay duda de que también a Babel le aplicaron la «investigación activa» —vago y decoroso eufemismo con que designaban sus métodos a viva voz entre ellos—, a pesar de que, como es lógico, este hecho no se refleja en las actas de los interrogato-

rios. De otro modo no puede explicarse cómo Babel, quien desde un principio negó rotundamente su culpabilidad, de pronto y sin ningún motivo aparente, se confiese culpable. A partir de ese momento, Babel se transforma en enemigo del pueblo. [...]

> Caballería Roja *me sirvió de pretexto para expresar el espantoso estado de ánimo en que me encontraba, que no tenía ninguna relación con lo que estaba sucediendo en la Unión Soviética. De ahí que destacara la descripción de las crueldades y absurdos de la guerra civil, de ahí esa artificial inclusión de elementos eróticos, esa sucesión de episodios escandalosos y violentos, y de ahí también mi olvido del papel que el Partido representó en la formación de esa unidad regular y considerable del Ejército Rojo que era el Primer Ejército de Caballería, formado por cosacos que por entonces aún no estaban lo bastante impregnados de mentalidad proletaria.*
>
> *En cuanto a mis* Cuentos de Odessa*, reflejaban indudablemente ese mismo deseo de distanciarme de la realidad soviética, de contraponer a la realidad cotidiana del trabajo el mundo casi mítico y peculiar de los bandidos de Odessa, cuya imagen romántica invitaba espontáneamente a la juventud soviética a imitarlos...*

Fernando Luis Pujato: La caballería de Babel

Fueron necesarios muchos años y la hermosa confabulación de cineastas, críticos, historiadores del cine, cinéfilos y entusiastas en general para que *La felicidad* (1934), de Aleksandr Ivanovich Medvedkin, pudiera ser vista en el extranjero, fuera de Rusia, y Chris Marker filmara ese amoroso documento fílmico llamado *El último bolchevique* (1992), o cómo adentrarse en las tinieblas de un pasado en el que el mundo parecía dividirse en dos campos

de poder antagónicos; las imágenes, finalmente, aparecieron. Y con ellas las vidas de toda una generación danzando en blanco y negro con las sombras del cine, con las instalaciones teatrales en las fábricas acompañadas de los films realistas de Vertov, pero también de los furiosos colores del cine de propaganda, con todos esos felices campesinos trabajando y cantando alegremente loas al régimen stalinista. Y al lado del fotograma de Aleksandr Medvedkin, el fotograma de Isaak Babel, demasiado creyentes como para no ser vistos y censurados y leídos y prohibidos, demasiado puros como para colaborar en la invención de la fábula mítica de la revolución —algo que a Eisenstein y a Karmen no les costó demasiado—, demasiado entusiastas con respecto al futuro brillante del Hombre Nuevo como para sucumbir tempranamente frente a su visible fracaso; más temprano Babel que Medvedkin, por cierto. Porque mientras escuchamos la fábula romántica de la valiente y descamisada caballería cosaca en la voz de Medvedkin surgiendo de entre las imágenes del mejor amigo de la interminable estepa rusa, vos, su compañero de armas, escribías otra clase de cuento, escribías en «El embaucador»: «El pueblo gime. La caballería destruye el trigo y cambia los caballos. Los que ya no sirven, por exhaustos, son reemplazados por los caballos de trabajo de los campesinos. Aquí no puede haber culpables. Sin caballos no hay ejército». Y en «El sol de Italia»: «Hice la campaña de tres meses contra Majno; pura delincuencia empedernida y nada más». Y en «Las abejas»: «La crónica de las atrocidades diarias me hostiga continuamente como una enfermedad del corazón».

Escribías estos cuentos en *Caballería Roja*, el contraplano del idílico relato de la otra figura que aparece otra vez a tu lado en el film de Marker contando su dolorosa experiencia con el cine-tren, atravesando todo el país para filmar por primera y única vez aquello que Stalin y todo su séquito obsecuente y temeroso no deseaban ver, aquello no visto hasta hace pocos años: el fracaso colectivista de los koljoses y la miseria de las vidas de los mineros; la realidad de un engaño disfrazado de una utopía demasiado bella siquiera para ser utópica. Y los fusilamientos de los hambrientos

campesinos se sucedían y los juicios sumarios despachaban en minutos el convencimiento real de los involucrados en esa grandiosa revolución que purgaba a la Madre Rusia de los enemigos del pueblo, mientras entre azorado e indignado continuabas escribiendo obras de teatro nunca estrenadas y guiones de cine nunca filmados y cuentos nunca publicados y tu esposa Antonina Pirozhkova, mirando a cámara, relata cuando viajaron a Kiev para visitar el gran monasterio de Lavra y sus grutas, y un antiguo camarada de aquella caballería demasiado rusa como para aceptar plenamente a un pequeño hombre con lentes describe cómo torturaban a los monjes para arrancarles sus tesoros, y relata también tu esposa, mirando a cámara tristemente pero sin lágrimas en los ojos, cómo ese 15 de mayo de 1939 se la llevaron del departamento en Moscú y te fueron a buscar a Peredelkino y te detuvieron y no hablaron durante todo el viaje en auto y antes de desaparecer tras una puerta custodiada por dos soldados le dijiste algo así como «pronto nos volveremos a ver» después de decir algo así como «no me dejaron terminar mi trabajo» y después, el silencio.

Las actas oficiales registran muchas cosas acerca de tu arrepentimiento y demás etcéteras durante los diez meses de tu estancia en alguna cárcel-oficina de la NKDV y de tu fusilamiento a la una y treinta de la mañana, hora exacta de la ya extinta Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, y tal vez una buena escena para un film inexistente sería un plano alejado de los soldados dispuestos en fila con el comandante a su lado esgrimiendo un sable, y unos metros delante del pelotón tu figura un tanto desaliñada, con una barba incipiente de algunos días; el comandante podría bajar el sable y gritar ¡fuego! y el humo de los disparos podría ocultar tu cuerpo cayendo pesadamente con las manos atadas por detrás, o tal vez la cámara podría ascender mostrando el límpido cielo de Moscú sin el sonido de los fusiles, mostrando sin mostrar; en cualquier caso, una escena ya vista en el cine. Yo prefiero imaginar un film dentro de un film ya imaginado, tu rabia y tu impotencia por no haber podido terminar de escribir, un film acerca de la porfía de los derrotados pero no para siempre silenciados, la de toda

una brillante generación que asistió —y también contribuyó— como ninguna otra en la aún breve historia de este mundo a la producción de imágenes escritas o filmadas, de inscripciones perdidas irremediablemente o rescatadas a medias o descubiertas en polvorientos estantes de bibliotecas y grises archivos metálicos como propaganda de un Estado y como protesta contra ese mismo Estado, una generación desaparecida antes de que la banalidad de otras imágenes inundara este siglo desde donde hoy escribo estas líneas porque, a pesar de todo, la confabulación continúa y continuará. El olvido, cualquier olvido, nunca existió.

Ryszard Kapuściński: El Imperio* (fragmento)

Esta vez no me quedo en Odessa (que ahora aparece iluminada por el cálido sol de una tarde primaveral), porque ¿para qué habría de hacerlo? ¿Para deambular de nuevo en busca del rastro de la Moldavanka, de sus calles torcidas y llenas de boquetes? ¿Para intentar divisar en algún lugar la sombra fugaz del Grajo Froim o de Benia Krik, el verdadero Rey? ¿Para encontrar los lugares que le gustaban a Isaak Babel? ¿Para pensar en cómo camina hacia el lugar donde será fusilado, sin anteojos, sin que pueda ver su propia muerte?

Isaak Babel: Guy de Maupassant

En el invierno del 16 fui a parar a Petersburgo con un pasaporte falso y absolutamente sin medios. Encontré alojamiento en casa del profesor de literatura rusa Aleksei Kazantsev, que vivía en Peski, en una calle amarillenta, maloliente y congelada. Sus traducciones del español le sumaban un ingreso adicional a su salario escaso;

* *El Imperio*, Anagrama, Barcelona, 1994, p. 288.

en aquel entonces, Blasco Ibáñez acababa de hacerse conocido.

Kazantsev nunca había estado en España, pero amaba ese país apasionadamente y conocía todos sus castillos, sus ríos, sus grandes jardines. Aparte de mí, muchos otros que se habían desviado del camino pautado encontraban apoyo en Kazantsev. Nos moríamos de hambre. Muy rara vez aparecían en los diarios nuestras notas sobre los sucesos actuales. Yo pasaba las mañanas dando vueltas por las morgues y las comisarías. El más feliz entre nosotros era Kazantsev. Él tenía una patria: España.

En noviembre me ofrecieron un puesto de oficinista en la fábrica Obujov, un puesto nada despreciable que me liberaba del servicio militar. Pero renuncié a ser oficinista.

Ya entonces, a los veinte años, me dije a mí mismo: más valen el hambre, la cárcel y el vagabundeo que sentarse diez horas por día en una oficina. No es que esa promesa fuera muy atrevida, pero nunca la rompí ni la voy a romper. La sabiduría de mis abuelos anidaba en mi cabeza: nacimos para alegrarnos del trabajo, de la lucha y del amor; nacimos para eso, y para nada más. Mientras Kazantsev escuchaba mis divagaciones se revolvía la pelusa amarillenta y corta de su cabeza. El espanto y el entusiasmo se mezclaban en su mirada.

En Pascuas la felicidad llegó a nuestro hogar. El abogado Benderski, dueño de la editorial Alción, quería sacar a la luz una nueva edición de relatos de Maupassant. La encargada de la traducción era la esposa del abogado, Raisa. Pero del gran proyecto no había salido nada y por eso a Kazantsev, que traducía del español, le preguntaron si no conocía a alguien que pudiera darle una mano a Raisa Mijailovna. Kazantsev me mencionó a mí.

Al día siguiente, me vestí con un saco prestado y me dirigí a la casa de los Benderski. Vivían en la esquina de la avenida Nevski y el río Moika, en un edificio de granito finlandés adornado con columnas rosadas, almenas y escudos de armas. Antes de la guerra, banqueros hijos de nadie y judíos convertidos al cristianismo, enriquecidos con los suministros, habían construido en Petersburgo un montón de esos edificios vulgares disfrazados

de castillos imponentes.

A lo largo de la escalera se extendía una alfombra roja. En los rellanos había osos revestidos de peluche parados en posición de ataque. En sus fauces abiertas flameaban unos conos de cristal.

Los Benderski vivían en el tercer piso. Me abrió la puerta una empleada doméstica con una cofia y los pechos en alto. Me acompañó hasta la sala de estar ambientada al estilo eslavo antiguo. De las paredes colgaban cuadros azules de Roerich con bestias y piedras prehistóricas; en las esquinas, sobre pedestales, se alzaban íconos antiguos. La empleada con los pechos en alto se movía con orgullo por la habitación. Era corta de vista, altiva y esbelta. En sus ojos grises bien abiertos se había petrificado el deseo. La muchacha se movía lentamente. Me imaginé que al hacer el amor se debía revolcar con agilidad desaforada. De repente, la cortina bordada con oro que colgaba sobre la puerta osciló. En la habitación entró una mujer; cargaba grandes pechos, tenía cabello negro y ojos colorados. No se necesitaba más tiempo para reconocer en la Benderski a esa raza de judías encantadoras venidas de Kiev y de Poltava, ciudades esteparias bien alimentadas, llenas de castaños y acacias. Estas mujeres convierten el dinero de sus hábiles maridos en grasita rosada en el abdomen, en la nuca y en los hombros redondeados. Su sonrisa soñolienta y tierna enloquece a los oficiales de guarnición.

—Maupassant es la única pasión que tengo en mi vida —me dijo Raisa.

Salió de la habitación tratando de frenar el balanceo de sus anchas caderas y volvió con la traducción de «Miss Harriet». En su versión no había quedado ni la sombra de la escritura de Maupassant: suelta, continua, con largos suspiros de pasión. La Benderski escribía de manera descolorida, demasiado correcta, como antes escribían en ruso los judíos.

Me llevé el manuscrito y en casa, en la buhardilla de Kazantsev, mientras todos dormían, me pasé la noche haciendo cambios radicales en la traducción ajena. Este trabajo no es tan malo como parece. Cuando una frase sale a la luz es buena y mala al mismo

tiempo. El secreto está en la vuelta que se le da, que debe ser apenas perceptible. La palanca tiene que calentarse bajo la palma de la mano y hay que moverla una vez, no dos. A la mañana le llevé la versión corregida. Raisa no mentía cuando hablaba de su pasión por Maupassant. Mientras yo leía se mantuvo sentada, quieta, con las manos entrelazadas; esas manos de seda se resbalaron luego al piso y la frente de Raisa se puso pálida; el volado entre los pechos apretados se doblaba y temblaba.

—¿Cómo logró esto?

Entonces le hablé de estilo, del ejército de las palabras, del ejército en el que se usan todo tipo de armas. Ningún acero puede atravesar el corazón humano con un frío tan cortante como un punto puesto a tiempo. Ella me escuchaba con la cabeza inclinada y los labios pintados entreabiertos. Un rayo negro brillaba sobre sus cabellos sedosos, bien peinados con la raya al medio. Sus piernas de pantorrillas fuertes y tiernas envueltas en cancán habían quedado estiradas y separadas sobre la alfombra.

La empleada nos trajo el desayuno desviando su mirada de deseo petrificado. El sol de Petersburgo entraba por la ventana y se acostaba sobre la alfombra pálida e irregular. Los veintinueve tomos de Maupassant reposaban sobre un estante arriba de la mesa. El sol tocaba con sus dedos calientes los lomos de cuero de los libros, esas bellísimas tumbas del corazón humano.

Nos sirvieron café en tacitas azules y comenzamos con la traducción de «Idilio». Todos recuerdan el cuento del joven carpintero que mamó del pecho de la nodriza gorda la leche que tanto la agobiaba. Esto sucedió en un tren que iba de Niza a Marsella, en una tarde calurosa, en el país de las rosas, en la cuna de las rosas, donde las plantaciones bajan hasta llegar a las orillas del mar...

Me fui de la casa de los Benderski con veinticinco rublos de adelanto. Esa noche, nuestra comuna de Peski se puso como una manada de patos embriagados. Comimos caviar negro a cucharadas y lo acompañamos con salchichón. Achispado, me puse a hablar mal de Tolstoi.

—Su queridísimo conde fue un cobarde, estaba asustado. Su

religión era el miedo... Por miedo al frío, a la vejez, el conde se cosió un abrigo de fe...

—¿Algo más? —me preguntaba Kazantsev meneando su cabeza de pájaro.

Nos habíamos quedado dormidos al lado de nuestras camas. Soñé con Katia, la lavandera cuarentona que vivía en el departamento de abajo. Por las mañanas le pedíamos agua para el té. Apenas me había detenido en sus facciones, pero en mi sueño solo Dios sabe lo que hacíamos con Katia. Nos quedábamos sin aliento. A la mañana siguiente, no pude contener mis ganas de ir a pedirle agua caliente. Me abrió la puerta una mujer marchita de cabellos canosos, enrulados, con un chal cruzado en el pecho y manos avinagradas.

Desde aquel entonces, todas las mañanas desayunaba en la casa de los Benderski. En nuestra buhardilla apareció una estufa nueva, pescado salado y chocolate. Raisa me llevó a las islas dos veces. No me pude aguantar y le conté mi infancia. El relato, para mi sorpresa, resultó ser bastante deprimente. Unos ojos brillantes y llenos de miedo me miraban desde abajo del sombrero de piel de topo; las pestañas pelirrojas de Raisa tiritaban de lástima.

Conocí al marido de Raisa, un judío pálido, calvo, de cuerpo delgado y fuerte, siempre listo para asuntos turbios. Se decía que tenía amistad con Rasputín. Las ganancias obtenidas de los suministros de guerra le habían dado un aspecto de poseído. Su mirada parecía perdida, el velo de la realidad se había desgarrado para él. Raisa se avergonzaba cada vez que lo presentaba, algo que, debido a mi juventud, recién percibí una semana más tarde.

Después de Año Nuevo, Raisa recibió a sus hermanas, que habían llegado de Kiev. Un día quise acercarle el manuscrito del cuento «La confesión» y, como Raisa no estaba, regresé más tarde. Cenaban en el comedor; de ahí llegaban relinchos de yeguas chillonas y un griterío de voces masculinas exageradamente alegres. En los hogares de gente rica, donde no se respetan las tradiciones, se come con mucho ruido. El ruido era judío, con estruendos y finales melodiosos. Raisa me recibió con

un vestido de noche que tenía la espalda descubierta. En los pies llevaba unos zapatitos de charol que pisaban con torpeza.

—Estoy ebria, querido —dijo estirando hacia mí los brazos adornados con brazaletes de oro blanco y estrellas de esmeralda.

Su cuerpo se contorneaba como el de una serpiente elevándose al sonido de una música. Meneaba la cabeza enrulada y sus anillos tintineaban; de repente, se dejó caer en un sillón tallado al estilo ruso antiguo. En la espalda empolvada tenía algunas cicatrices que ardían débilmente.

Detrás de la pared se oyeron nuevamente las risas femeninas. Del comedor salieron las hermanas, casi bigotudas, tan pechugonas y espigadas como Raisa, con sus pechos en alto y los cabellos negros ondulantes. Las dos estaban casadas con sus respectivos Benderski. La habitación se llenó de exaltación femenina, exaltación incoherente, de mujeres maduras. Los maridos les pusieron a las hermanas tapados de nutria y chales de Oremburgo y les calzaron botas negras. Bajo los chales de color nieve solo se distinguían las mejillas ruborizadas y encendidas, las narices de mármol y los ojos con su brillo semítico y miope. Después de haber hecho tanto barullo se fueron al teatro, adonde iban a ver *Judith* con Shaliapin.

—Quiero ponerme a trabajar —murmuró Raisa estirando hacia mí los brazos desnudos—, hemos perdido una semana entera...

Trajo del comedor una botella y dos copas. Sus pechos descansaban cómodamente sueltos bajo la seda del vestido; los pezones se dibujaron bajo la tela.

—El más deseado —dijo Raisa sirviendo el vino—: moscatel cosecha 83. Mi marido me va a matar cuando se entere...

Nunca había tenido trato con un moscatel cosecha 83 y no dudé en tomar tres copas seguidas que me transportaron de inmediato a callejones en donde sonaba música y flameaban llamas anaranjadas.

—Estoy ebria, querido mío... ¿Qué nos toca hoy?

—Hoy nos toca «L'aveu»...

—Entonces, «La confesión». El sol, *le soleil de France*, es el

personaje principal de este cuento... Gotas de sol incandescentes habían caído sobre la pelirroja Céleste y se habían transformado en pecas. El vino, la sidra y los rayos colgantes del sol habían curtido el rostro del cochero Polyte. Dos veces a la semana, Céleste llevaba a la ciudad crema de leche, huevos y gallinas para vender. Le pagaba a Polyte diez *sous* por ella y cuatro por el canasto, y en cada viaje él le preguntaba, guiñándole un ojo: «¿Cuándo nos vamos a divertir nosotros dos, *ma belle*?». «¿Qué me quiere decir con eso, *monsieur* Polyte?». El cochero, dando saltos en el asiento, le explicaba: «Divertirse quiere decir divertirse, carajo... Un hombre, una muchacha, y no hace falta música...». «No me gusta ese tipo de bromas, *monsieur* Polyte», decía Céleste apartando del cochero sus polleras, que apenas cubrían sus pantorrillas robustas y vestidas con medias rojas. Pero el pícaro de Polyte se reía y tosía: «Algún día nosotros dos nos vamos a divertir, *ma belle*», y unas lágrimas de entusiasmo corrían por su rostro de color rojo ladrillo como la sangre y el vino.

Tomé una copa más del deseado moscatel. Raisa chocó su copa con la mía. La empleada de mirada petrificada atravesó la habitación y desapareció.

—*Ce diable de Polyte*... En dos años Céleste le había pagado cuarenta y ocho francos. Casi cincuenta francos. A finales del segundo año, estando en la calesa, Polyte, que había tomado sidra antes de salir, volvió a hacerle la pregunta de siempre: «¿No quiere que nos divirtamos hoy mismo, *mademoiselle* Céleste?», a lo que ella contestó, bajando la mirada: «Estoy a su disposición, *monsieur* Polyte...».

Raisa se tiró sobre la mesa riéndose a carcajadas. *Ce diable de Polyte*...

—La calesa estaba enganchada a una yegüita blanca que de tan vieja tenía los labios rosados. La yegüita arrancó a paso lento. El sol de Francia, juguetón, envolvió la calesa, separada del mundo por una capota amarronada. Un hombre, una muchacha, y no hace falta música...

Raisa me acercó otra copa. La quinta.

—*Mon vieux*, por Maupassant...

—¿No quiere que nos divirtamos hoy mismo, *ma belle*?

Me acerqué a Raisa y la besé en los labios, que temblaron y se hincharon de golpe.

—Usted es muy divertido —pronunció entre dientes y, tambaleándose, se puso contra la pared abriendo los brazos desnudos de par en par. En esos brazos y hombros se encendieron unas manchitas. De todas las deidades crucificadas, esta era la más seductora.

—Siéntese, por favor, *monsieur* Polyte...

Me señaló un sillón azul reclinado de estilo eslavo. El respaldo era entrelazado, tallado en madera con terminaciones decorativas. Me acerqué arrastrando los pies y tropezando.

La noche le ofreció a mi juventud famélica una botella de moscatel cosecha 83 y veintinueve tomos, veintinueve explosivos cargados de piedad, genio, pasión... Me levanté de un salto, tiré el sillón, me di contra el estante. Los veintinueve tomos se desplomaron sobre la alfombra; las páginas volaron para todos lados, los libros cayeron sobre sus lomos... y la yegüita blanca de mi destino arrancó a paso lento.

—Usted es muy divertido —ronroneó Raisa.

Salí del edificio de granito de la calle Moika a las doce, antes de que llegaran del teatro el marido y las hermanas. Estaba lúcido y podría haber caminado hasta por una tabla, pero era mucho más lindo ir haciendo eses, y entonces empecé a moverme de un lado al otro cantando en un idioma que inventé en ese momento. En los túneles de las calles bordeadas por cadenas de faroles rumbeaban oleadas de neblina y tras los muros humeantes rugían bestias. Las calles adoquinadas cortaban las piernas de los transeúntes.

En casa, Kazantsev dormía. Dormía sentado con las piernas flacuchentas estiradas, las botas de fieltro puestas, la pelusa de canario erizada sobre su cabeza. Se había quedado dormido al lado de la estufa, inclinado sobre una edición de 1624 de *Don Quijote*. La portada revelaba una dedicatoria para el duque de Broglie. Me acosté sin hacer ruido para no despertar a Kazantsev, acerqué la lámpara y comencé a leer el libro de Édouard Maynial

Vida y obra de Guy de Maupassant...

Los labios de Kazantsev se movieron, su cabeza se cayó hacia un costado.

Aquella noche me enteré por Édouard Maynial que Maupassant había nacido en el año 1850, hijo de un noble normando y de Laure Le Poittevin, una prima de Flaubert. A los veinticinco años experimentó el primer ataque de sífilis hereditaria. El poder creador y la alegría que había en él se oponían a la enfermedad. Al principio sufría dolores de cabeza y ataques de hipocondría. Luego se enfrentó al fantasma de la ceguera; su vista comenzó a debilitarse y fueron creciendo en él la manía persecutoria, la misantropía, la iracundia. Luchó con furia, recorrió el Mediterráneo en velero, se escapó a Túnez, a Marruecos, a África Central, y escribió sin cesar. Con cuarenta años y en la cima del éxito, se cortó la garganta; casi se desangró, pero quedó vivo. Lo metieron en un loquero. Andaba en cuatro patas y devoraba sus heces... La última anotación en su triste informe médico dice: «*Monsieur de Maupassant va s'animaliser*». Murió a los cuarenta y dos años. Su madre lo sobrevivió.

Terminé de leer el libro y me levanté de la cama. La neblina se había acercado hasta la ventana y había ocultado el mundo. Mi corazón se contrajo. Me conmovió el anuncio de la verdad.

Nota de la editorial

Para traducir estos *Cuentos de Odessa*, de Isaak Babel, se trabajó a partir del primer tomo de la penúltima edición de las obras completas en ruso (*Sobranie sochineni v chetyrej tomaj,* Vremia, Moscú, 2005). Se consultaron además una edición alemana parcial preparada por Fritz Mierau (*Werke*, Verlag Volk und Welt, Berlín, 1973) y la edición en inglés, preparada por Nathalie Babel, de las obras completas (*Complete Works*, W. W. Norton & Company, Londres, 2001).

El ciclo original de los *Cuentos de Odessa* se compone de «El Rey», «Como se hacía en Odessa», «Un padre» y «La Cosaco Liubka», textos aparecidos en diversas revistas entre 1921 y 1924 y luego, como libro, en 1931. El propio Babel descartó del ciclo el cuento «Justicia entre comillas». «El Grajo Froim» y «Atardecer» también aparecieron por primera vez en revistas, aunque de manera póstuma, en 1963 y 1964 respectivamente. «El Grajo Froim» había sido recomendado para su publicación en 1933 por Maksim Gorki, pero permaneció inédito todos esos años. El manuscrito de «Atardecer» fue encontrado sin su última hoja en el archivo del pintor Mijail Ivanov (hijo de Babel y Tamara Kashirina, adoptado luego por el segundo marido de la mujer); Lev Livshits, académico y estudioso de la obra de Babel que, a su regreso de un campo de trabajos forzados, publicó el texto e hizo mucho por reunir y editar los materiales dispersos del escritor, agregó al final unas líneas tomadas de la pieza teatral homónima estrenada en 1927.

La «Autobiografía», por otra parte, se incluyó en 1926 en una compilación de autobiografías y retratos de escritores de la época; «Guy de Maupassant» se publicó originalmente, de nuevo en una revista, en 1932, aunque su escritura se remonta a los primeros años de la década del 20.

La edición rusa de las obras completas incluye en total nueve textos bajo el título *Cuentos de Odessa*; a los siete que conforman

nuestra presente edición, se les suman «Karl-Yankel», de 1931, y «El fin del asilo de ancianos», de 1932; por su parte, la edición preparada por Nathalie Babel agrega solo el primero (la edición alemana consultada excluye «Justicia entre comillas»). Para esta edición se decidió no incluir esos dos textos, ajenos a la unidad estilística y temática que conforman los siete cuentos seleccionados: están ausentes los personajes habituales de los bajos fondos de Odessa, el ritmo de la narración es más sosegado y el lenguaje, algo más sobrio. La perspectiva autobiográfica que adoptan los emparenta con los cuentos del ciclo que Babel iba elaborando bajo el título *Historia de mi palomar* (ciclo que toma el nombre de uno de sus cuentos y al que pertenece «Guy de Maupassant»). El carácter inconcluso de su obra, la tendencia de Babel a trabajar concibiendo ciclos narrativos abiertos, que alternativamente hacía progresar y abandonaba, el hecho de que se haya visto impedido de revisar y ordenar definitivamente sus escritos, posibilitan estas pequeñas libertades editoriales.

Los textos de Isaak Babel pertenecen ya al dominio público, con excepción de aquellos aparecidos póstumamente, como es el caso de los cuentos «Atardecer» y «El Grajo Froim», incluidos en esta edición con el permiso de Lidia Babel, heredera del querido Isaak.

Sobre tres de los textos que conforman la sección final de *Materiales* deseamos hacer un breve comentario.

El crítico de cine Fernando Luis Pujato escribió «La caballería de Babel» especialmente para esta edición. El texto puede leerse como contraplano de otro texto, «Cartas desde el presente» (incluido en *Hacia lo que vendrá. Escritos desde el cine*, el primer libro de nuestro catálogo), que también se ocupa del ensayo fílmico de Chris Marker *El último bolchevique* (*Le tombeau d'Alexandre*, según su título original) pero centrándose en Aleksandr Medvedkin, la figura principal del film.

Las noches rusas, obra de la que el escritor, poeta, traductor y editor uruguayo Roberto Echavarren nos permitió incluir un extenso fragmento, es un libro heterodoxo, arriesgado y memorable sobre la Rusia del siglo XX, un cruce entre narrativa histórica, literaria y periodística sostenido por un trabajo descomunal y una lucidez ética e intelectual poderosa y libertaria. Su lectura implica enfrentarse a una forma de escritura que conmociona, a un contenido duro e incómodo. El recorrido vale la pena, porque nos ayuda a saldar cuentas con el siglo XX; llevándonos al centro de una de las formas del infierno, el libro nos deposita luego, por la elaboración de su testimonio, fuera de ella.

Juan Forn nos concedió la versión íntegra del ensayo «Historia de un adjetivo» (además de sugerirnos traducir e incluir el cuento «Guy de Maupassant»). Desde hace ya muchos años, Forn viene escribiendo pequeños ensayos literarios que tratan generalmente sobre escritores o artistas, textos en los que se adivina la libre voluntad de un escritor y lector generoso explayándose sobre sus gustos, sus lecturas, las historias con las que ha dado y que retransmite con su voz personal. Un par de anécdotas suelen bastarle a Forn para elaborar el perfil de sus personajes y darnos la impresión de que son viejos conocidos a los que les habíamos perdido el rastro y que hoy vuelven, imprevistamente, a visitarnos. La aparición periódica de las contratapas del diario *Página 12* firmadas por Forn son un motivo de alegría para muchos lectores, y las recopilaciones de dichos textos publicadas hasta ahora (*La tierra elegida*, *Ningún hombre es una isla*, *El hombre que fue viernes*) son de esos libros que pueden acompañar una vida. La literatura rusa le provee a Forn de material constante: Iosif Brodski, Osip y Nadezhda Mandelshtam, Serguei Dovlatov, Anna Ajmatova, Marina Tsvetaieva, Varlam Shalamov… Acaso esta edición de los *Cuentos de Odessa*, de Isaak Babel, tenga su origen en aquel texto impregnado de afecto y gratitud.

Nota de la traductora

Cuando tuve mi primer encuentro con los cuentos de Isaak Babel sentí que me sumergía en un ambiente casi familiar; Odessa y la Moldavanka fueron escenarios importantes en mi niñez que recuerdo con melancólica ternura. Aunque mis tiempos y los de Babel no fueron los mismos, sentí que comprendía todas y cada una de las palabras exquisitamente elegidas por el escritor y estaba fascinada por comenzar con la traducción. Sin embargo, me asaltaba la duda respecto de mi capacidad para traducir el lenguaje de los personajes, con los que en cada lectura me encariñaba más por ser tan extraordinarios y a la vez tan predecibles para mí. ¿Cómo hago para no perder los matices de ese habla tan colorido de la pobre Moldavanka de principios del siglo XX? ¿Cómo muestro eso que tanto me cautiva en el idioma original? ¿Cómo cautivo a los lectores de este lado del mundo? Al menos por ahora, me siento convencida de que al elegir un español más regional e intentar traslucir un acento que se percibe en la actualidad se puede captar lo que tan abiertamente ofrece el original. Sigo sin saber si lo he logrado.

Agradezco de todo corazón a Sebastián Artero por haberme involucrado en este trabajo o, más bien, en esta búsqueda tan personal que se activó en mí a partir de estas preciosas obras literarias de las cuales seguiré enamorada. Debo decir que gracias a Sebastián y al mismísimo Isaak el proceso de traducción fue una de las experiencias más ricas y placenteras que tuve en mi vida hasta ahora. Agradezco además a mis padres y a los «primeros lectores».

Valeria Zuzuk

Если вдуматься, то не окажется ли, что в русской литературе еще не было настоящего радостного, ясного описания солнца? Чувствуют — надо освежить кровь. Становится душно. Литературный Мессия, которого ждут столь долго и столь бесплодно, придет оттуда — из солнечных степей, обтекаемых морем...

Si nos ponemos a pensar, ¿acaso no nos daremos cuenta de que en la literatura rusa aún no ha habido una verdadera descripción del sol, alegre y radiante? Se siente la necesidad de renovar la sangre para no asfixiarse. El mesías literario esperado en vano durante tanto tiempo vendrá de ahí, de las soleadas estepas bañadas por el mar...

Isaak Babel, «Páginas de mi cuaderno», 1916

ISBN 978-987-45282-1-6

9 789874 528216